

“Las Otras” busca hablar sobre aquellas mujeres que no tienen protagonismo en el horario central de la televisión o en la tapa de una revista, que quedan por fuera de los medios de comunicación por ser pobres, por elegir su propia identidad, por ser inmigrante y por estar enfermas. Y también por ser mujeres, que, en este sistema machista y patriarcal, somos personas de segunda.

Este libro abarca cuatro crónicas que cuentan las historias de cinco mujeres que estuvieron dispuestas a relatar su pasado, su presente y lo que esperan del futuro. Hablaron de sus lugares íntimos, donde se forman los temores, silencios y esperanza, narraron su identidad y su modo de ver la vida y el mundo.

Ellas podrían haber sido nuestras madres, hermanas, tías o amigas e incluso nosotras mismas. Pero son Sandra, Norma, Juana, Indiana y Valentina.

LAS OTRAS

# LAS OTRAS

Historias de vida de mujeres

Victoria Briccola - Caterina D'Ascanio  
Mariana Gaetán - Soledad Santalucía

Victoria Briccola - Caterina D'Ascanio  
Mariana Gaetán - Soledad Santalucía



# **Las Otras**

Historias de vida de mujeres

Victoria Briccola   Caterina D'Ascanio  
Mariana Gaetán   Soledad Santalucía

**Somos:**

Victoria Briccola  
Caterina D'Ascanio  
Mariana Gaetán  
Soledad Santalucía

**En:**

Facultad de Periodismo y Comunicación Social,  
La Plata

**Nos dirigió:**

Flavia Delmas

**Nos co-dirigió:**

Alcira Martínez

**Diseño de tapa y edición:**

Ágata Peluso

## Índice

---

Introducción.....	09
“Soy así es mi naturaleza”.....	11
“WARMI: En Quechua es sinónimo de mujer”	
NORMA.....	31
JUANA.....	43
“Hay que aprender a resistir”.....	57
“Si tuviera que volver a nacer, nacería trans”.....	79

## Agradecemos

---

*a nuestras familias,  
nuestras amigas y amigos,  
nuestras novias y novios,  
nuestras psicólogas,  
a las amigas que colaboraron para que este libro se lleve a cabo,  
a nosotras mismas, por el compañerismo y la paciencia durante todos  
estos años,  
a Flavia y Alcira por guiarnos en el proceso,  
y principalmente a ellas, por dejarnos contar sus historias de vida:  
Valentina, Juana, Norma, Indiana y Sandra.*

## Introducción

---

La escritora y filósofa francesa, Simone de Beauvoir, en su obra “El Segundo Sexo” (1949), destaca su “definición” del “ser” de las mujeres: lo que las mujeres son, siempre lo son en relación con el hombre, por eso son las otras. Para Beauvoir, el “sujeto” siempre es masculino y siempre unido a la universalidad y se distingue de un “otro” femenino que se encuentra fuera de las clases universalizadas de la calidad de persona.

Fue así como Las Otras, es decir, las mujeres, fueron tomadas por Beauvoir como categoría de análisis, y estableció que ellas dependían de lo que querían los hombres, de sus deseos; de esta forma confirmaban a los varones su lugar de ser y estar en el mundo.

Además, el término “otredad” y “diferente” delimita lo que la sociedad marca como válido, aceptable y “normal”. Es decir, una vez dentro de la sociedad, la mujer vuelve a recibir pautas de cómo debe ser. Discurso que se perpetúa a través de los estereotipos que se difunden dentro de la cultura, y en los medios de comunicación en particular.

En definitiva, todas somos esas otras, que nos construimos en base a la interacción social y que necesitamos de esa alteridad para definirnos. Es por esto, que llevar a cabo este libro fue una forma de descubrir asombradas a la otra que todas llevamos dentro y que es fuente a la vez de dolor y de fortalecimiento, ya que nos reconocemos de la mano de las personas

que formaron y forman parte de nuestra historia.

“Las Otras” busca hablar sobre aquellas mujeres que no tienen protagonismo en el horario central de la televisión o en la tapa de una revista, que quedan por fuera de los medios de comunicación por ser pobres, por elegir su propia identidad, por ser inmigrante y por estar enfermas. Y también por ser mujeres, que en este sistema machista y patriarcal, somos personas de segunda.

Decidimos contar historias de vida que no son contadas, para que esa otredad desaparezca y deje de existir, ya que lo que no se explora permanece oculto y no puede ser comprendido. Este libro abarca cinco crónicas que cuentan las historias de cinco mujeres que estuvieron dispuestas a relatar su pasado, su presente y lo que esperan del futuro. Hablaron de sus lugares íntimos, donde se forman los temores, silencios y esperanzas, narraron su identidad y su modo de ver la vida y el mundo.

Ellas podrían haber sido nuestras madres, hermanas, tías o amigas e incluso nosotras mismas. Pero son Sandra, Norma, Juana, Indiana y Valentina.

## “Soy así, es mi naturaleza”

---

A los 31 años y con un embarazo de siete meses Sandra se entera que es portadora de VIH. De joven se le había dado por leer todo lo que encontraba sobre el tema y cada vez que había un programa en la televisión, lo miraba. Tal vez fue destino o una simple y mala coincidencia de la vida que años después toda esa información le fuera útil.

—No sé por qué razón pero siempre leí mucho e investigue todo. Sabía que en algún momento me podría tocar porque teniendo el marido que tenía, que andaba con una con otra, con una con otra, en algún momento...yo me lo imaginaba, como que intuía pero no me cuidé; porque estábamos viviendo juntos.

—¿Te cuesta contarlo?

—Siempre, hasta ahora me cuesta contarlo. Y sí, porque la gente una vez que se entera, de una forma o de otra se va alejando, se aleja. A no ser que tenga algo que ver con el caso, o sea que tengan algún pariente o algo.

\*\*\*

Sandra es la cuarta hija de Norma, una mujer que siempre trabajó para mantener a su familia en un frigorífico de Berisso, y de Gustavo, un hombre que se fue de su casa cuando Sandra tenía un año; y la hermana menor de Claudia, Silvia y Sergio, con los que mantiene poca relación.

—Me llevo con mi hermano más o menos porque bajamos los dos todo el día, pero con él es con el que me llevo mejor y con Claudia, bueno, ella es falsa, yo soy falsa y media, jajaja, obvio.

Sandra considera que tuvo una buena infancia. Su abuela Cristina echó de la casa a su papá, cuando se cansó de verlo maltratar y golpear a su hija Norma. Sabe que siempre las mantuvo su mamá y las cuidó su abuela porque su padre nunca estuvo presente.

—Desde que tengo un año. Imaginate que mi mamá estaba embarazada y le pegaba porque se depilaba las cejas: ‘¿A quién vas a ver que te estas depilando las cejas?, ¿con quién andás que te estas depilando?’, decía. Hasta que un día mi abuela se cansó cuando le pegó mal y lo saco a palazos a la calle, le dijo que no vuelva más. Lo echó ella, mi abuela lo sacó, a palazos con una pala, no con un palo, con una pala. Y sí, la casa era de mi abuela.

Si bien ella no se acuerda, sabe que su papá se iba a comer a la casa de la madre de él sabiendo que ni ella ni sus hermanas y hermano tenían para comer.

—Mi abuela hacía sopa con lo que había, un cacho de queso y unos fideos amasados y él venía y te contaba todo lo que había comido. Iba y le daba a mis primos, se comía un re asado con ellos, les llevaba comida todos los días y nosotros no teníamos nada.

Su mamá fue delegada en el frigorífico Swift de Berisso durante la última dictadura cívico-eclesiástica-militar. Sandra tenía 12 años por esa época y se acuerda que tuvieron que deshacerse de libros que había en la casa porque los militares andaban haciendo razias por el barrio.

—Teníamos libros de todas clases en nuestra casa, de Evita, de todo. A “La razón de mi vida” lo tenía mi vieja. —cuenta mientras mira un cuadro de marco lila con el retrato de Eva Duarte de Perón que cuelga en una de las paredes del comedor donde se encuentra.

—Tuvimos que enterrar todo en el gallinero, en una

bolsa grande de consorcio porque sabía que era boleta si encontraban eso.

Los militares entraron a la casilla en la que vivía la pequeña Sandra y su familia buscando a un “barbudo” que andaba por el barrio pero no encontraron más que susto.

Cuando Sandra tenía catorce años conoció a su primer novio Martín, un año mayor, con el que tuvo una relación durante quince años. Luego de siete años, Sandra se quedó embarazada de su primer hijo pero el bebé nació ocho meses y falleció.

Martín siempre le fue infiel.

—Yo estaba con él nada más, pero él no, él andaba con una y con otra.

—¿Él lo sabía que tenía VIH cuando estaba con vos?

—Me lo ocultó, lo sabía. Lo sabía él y todos los amigos de él también y ninguno me dijo nada. Divinos todos. Alguno me podría haber dicho “mirá, tené cuidado” y nada. Un sorete.— mientras larga una pequeña risa entre dientes.

Es todo lo que Sandra contó de su primera relación amorosa. Tal vez la traición de Martín le produjo un dolor tan profundo que prefiere no hablar del tema.

\*\*\*

Sandra es una mujer de estatura media con pequeños ojos marrones delineados de negro que miran fijos cuando le hablas. Las facciones de su cara son redondeadas y con un tono de piel que la hace parecer bronceada y más joven de lo que es. Tiene 51 años y vive con su hija Malena en el mismo lugar en el que se crió, una casilla ubicada en las calles 4 y 74 del barrio Villa Elvira, La Plata.

Es jueves y son casi las seis de la tarde cuando sale del trabajo que realiza desde hace seis años sin domingos ni feriados. Se despide de la señora a la que acompaña luego de haber estado con ella toda la tarde escuchándola renegar y viéndola mirar el noticiero, casi siempre le hace la comida



y, aunque no le corresponde, le limpia la casa. No le cae muy bien, piensa que está sola porque es mala y maltrata a la poca familia que tiene.

Sale a la calle y se toma un 273 que la lleva hasta Parque Saavedra, baja y en vez de seguir derecho por calle 64 hasta 15 y doblar a la izquierda, agarra una diagonal que la desorienta y la lleva para otro lado. Luego de recibir algunas indicaciones por *WhatsApp*, cruza de vereda y su cabello rubio y enrulado refleja las luces de la calle en la oscura tarde de agosto.

Entra al departamento y se sienta en una de las puntas de la mesa, apoya los codos y entrelaza los dedos sobre ella. Tiene puesto un pullover de lana de alpaca en tonos marrones, una calza negra, botas y una pequeña cartera también negra. Nos escucha contarle cómo conseguimos su número de celular: una chica que participa de un programa de feminismo en Radio Futura le habló de nosotras y de nuestro trabajo a Bruno, que también participa de un programa en la radio con la hija de Sandra sobre la promoción y la Defensa de los Derechos Humanos de las personas que viven con VIH/SIDA, y que él le preguntó a ella.

—Sí, me dijo si tenía ganas de venir. “Bueno” le dije. Tantas veces lo reboté, que digo “bueno, voy a ir”.

—¿Por qué lo rebotabas?

—Porque no tenía ganas— responde levantando los hombros.

\*\*\*

Es octubre de 1996, Sandra está de siete meses y le pide a Daniel, su pareja desde hace dos años, que la acompañe a la guardia del hospital San Martín de La Plata porque piensa que puede estar pasándole algo malo a su embarazo. Pasan directamente a un consultorio azulejado, iluminado por un tubo fluorescente en el que hay una camilla y un médico que la revisa, le pide análisis y le dice que su embarazo

está bien pero que ella tiene VIH.

—Fue horrible. Me lo dijeron de la peor forma, sin un psicólogo, sin nada, y con él estando ahí que me decía que toda la culpa era mía. Estaba de siete meses, en el peor momento cuando todo se te encaja —cuenta mientras se señala la panza.

Actualmente, según la trabajadora social Viviana Molfese<sup>1</sup>, al momento de tener que darle la noticia a un paciente de que es VIH positivo hay que tener en cuenta algunas consideraciones: “La idea es no hacerlo dramático para nada. Si le explicas lo de la cronicidad de la enfermedad, que si haces un tratamiento podés tener una vida saludable, que no es que tenés VIH y se terminó tu vida. Le explicas que pueden tener hijos y un montón de cosas más que obviamente tienen que salir de la conversación pero que tenés que asegurárselo para que la persona no piense que porque tiene VIH se va a morir y todo lo asociado a la muerte.”

Ese día al médico le faltó empatía y buen tacto, y faltaba la ley del test del VIH para las mujeres embarazadas<sup>2</sup> que se sancionó recién en el 2001. Así que Sandra tenía 31 años y una bebé por nacer cuando un médico “le tira así nomás” que es portadora del Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VIH) y no le dice nada más, ni qué hacer ni cuáles son sus opciones a partir de ese momento.

—El médico nos llamó a los dos, estando yo embarazada así como estaba y me dijo que era portadora y que le iban a hacer todos los estudios a él para ver si también era, y bueno...lloré no sé cuánto tiempo, como dos meses más o menos y cada vez que él me decía algo ya me ponía a llorar de vuelta y así...mal todo, ¿no?

Durante los dos meses restantes de embarazo le fueron explicando que tenía que hacer la profilaxis un tiempo antes del parto para que el virus no se transmita a la bebé cuando naciera.

<sup>1</sup> Responsable a cargo de una parte del área de prevención en el programa “Dirección provincial de VIH-SIDA e ITS y Hepatitis Virales” del Ministerio de Salud de Buenos Aires (2017).

<sup>2</sup> Ley N° 25.543 de test diagnóstico del virus de inmunodeficiencia humana a toda mujer embarazada que establece el ofrecimiento del test de VIH a toda mujer embarazada como parte del cuidado prenatal normal. Fue sancionada en el 2001 y promulgada en el 2002.

—No les conté la parte cuando fui a tener la nena en el San Martín. Me tuve que bancar discriminación de todos lados. Había una carpeta que tenía un “ojo” en rojo, así grande. —Explica el tamaño formando un cuadrado con los dedos índice y pulgar de cada mano —y me hacían el cuento de que tenía que usar el baño del medio yo sola porque los otros no andaban.

Aunque el personal médico esté preparado profesionalmente para asistir a una madre con VIH y prevenir la transmisión vertical del virus a la bebé en el momento del parto, los mitos y prejuicios permanecen en el sentido común y en las salas de hospital. Sandra creyó que la dejaban usar un solo baño para cuidarla de alguna posible enfermedad de las otras dos mujeres que compartían el cuarto con ella.

—Después me di cuenta que no, que era para que yo no contagie a las otras. Era todo así, algo horrible. Y todas te miraban raro, porque andaba la enfermera con la carpeta con un “ojo” así de grande y seguro que algo le decían a las que yo tenía al lado.

Cuando Sandra vivió esta situación, tampoco se había sancionado la Ley N°26.529 que establece la relación entre la paciente y el o los médicos con respecto a la información brindada sobre su estado de salud, los estudios y tratamientos de manera clara, suficiente y adecuada a la capacidad de comprensión de la paciente. Así como también, a la confidencialidad de su historia clínica.<sup>3</sup>

Al hacerse el test, Daniel también se enterara que es portador, pero él no sabe sobrellevar la situación, tampoco sabe lo que es la empatía, ni el compañerismo, ni la comprensión, se despoja de toda responsabilidad y se encarga de difundir por todo el barrio que Sandra tiene VIH y se lo transmitió él. A propósito.

—Yo no le quería contar a nadie. Él contó todo, a todo el mundo, que fui yo, todo, a toda mi familia, a la de él, a todos. Sandra recibió el apoyo de su familia, siempre la tuvo de su lado, pero la de Daniel la odia hasta el día de hoy.

—Y hasta ahora me siguen odiando porque él era un

<sup>3</sup>Ley N° 26.529 sobre los Derechos del Paciente, Historia Clínica y Consentimiento Informado. Sancionada y promulgada en el 2009.

santo, es un santo. Y bueno, si fue mi culpa— responde irónicamente con una sonrisa— se puso violento por mi culpa.

—¿De parte de tu familia sentiste rechazo?

—Por ahí, estaba la locura esa de cuando vas al baño y salías, llenaban todo de lavandina. Me lo contaron después. Pero no la persona que lo hacía, que era mi hermana donde estaba viviendo. Cuando yo salía, ponía todo lavandina. Es ignorancia. Ella no sabía nada.

—¿Y vos ahí, te pusiste en plan de explicarle?

—No, que se maneje. Nunca le expliqué nada a nadie, si querían saber que lean, como hice yo. Me interesaba el tema, leí mucho y ya sabía todo, antes de tenerlo.

\*\*\*

Según la información que ofrece la Fundación Huésped<sup>4</sup> en su página web, el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH o HIV, en inglés) es un virus que afecta al sistema de defensas del organismo, infecta a las células C4D (células del sistema inmunológico) anulando o alterando su función, y dejando imposibilitado al sistema inmunológico. Una vez que el VIH infecta el sistema inmunológico y lo debilita, aparecen las enfermedades oportunistas<sup>5</sup>, esta etapa de la infección es a la que se denomina Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA). Como definición dice que “el sida es un conjunto de síntomas (síndrome) que aparece por una insuficiencia del sistema inmune (inmunodeficiencia) causada por un virus que se transmite de persona a persona (adquirida)” y en función de la persona puede tardar de 2 a 15 años en manifestarse.

Aunque, no toda persona con VIH necesariamente desarrolla síntomas o enfermedades, toda persona que presenta un cuadro de SIDA tiene VIH.

El descubrimiento del Virus data en Estados Unidos

<sup>4</sup> Fundación Huésped es una organización argentina con alcance regional que trabaja desde 1989 en áreas de salud pública desde una perspectiva de derechos humanos centrada en VIH/SIDA, otras enfermedades transmisibles y en salud sexual y reproductiva.

<sup>5</sup> Se le llama enfermedades oportunistas a las infecciones o tumores que se desarrollan en el contexto de un sistema inmunológico deteriorado y determinan un cuadro de SIDA.

durante la década del ochenta. Los primeros casos conocidos de VIH/SIDA eran de hombres homosexuales por eso, desde los medios de comunicación, se la llamó “la peste rosa”, dando por sentado que era una infección que sólo sufrían los homosexuales. A los Centros para el Control de las Enfermedades de Estados Unidos (los CDC según sus siglas en inglés) les llevó un largo periodo definir el síndrome y diagnosticarlo. En 1982 se le dio el nombre por primera vez de SIDA y en ese mismo año se encontraron evidencias de que la transmisión se producía a través de la sangre y el intercambio de fluidos sexuales, concluyendo que podía afectar a cualquiera más allá de su condición sexual.

\*\*\*

Sandra mantiene sus brazos sobre la mesa y no come ni una sola galletita, sin embargo toma todos los mates que están fríos, lavados y dulces. Su tono de voz es firme y cortante como sus expresiones. Responde y frunce el ceño, dejando aparecer un aspecto de seriedad que se relaja cuando baja la mirada sobre la mesa, mientras cuenta cómo empezó el tratamiento.

—Enseguida lo empecé, con lo que había, había AZT y empecé con eso.

—¿Te lo daban en el hospital?

—Sí, por suerte, al otro año que yo me enteré lo que tenía ya empezaron con el cóctel de los tres, pero eran más de tres...algo de 15 pastillas por día.

—¿Y hoy en día?

— Hoy tres.

—¿Te producen algún efecto secundario?

—Sí, de todo, malestares de todo tipo. Una me está haciendo mal al riñón, que ahora me la tienen que cambiar. El hígado, siempre tengo la bilirrubina alta pero me dijo que no pasa nada, la doctora, sube nada más. Triglicéridos siempre altos, colesterol creo también es por lo mismo. Es todo por lo mismo, los remedios.

—Claro, son demasiadas pastillas por día.

—Y, mucha droga. A mucha gente le afecta la cabeza. A mí me habían dado una que me mareaba, que veía como alucinaciones, cosas feas, y me la cambiaron. Me la aguanté un mes.

El primer medicamento que se usó para contrarrestar la infección del VIH y el SIDA fue el antirretroviral AZT o Azidotimidina. El AZT había estado siendo investigado como medicación para el cáncer y solo probado en ratas de laboratorio. Sin embargo, se lo reformuló y se lanzó al mercado para anular al VIH, trayendo consigo un montón de efectos secundarios: diarrea, dolores de cabeza, reacciones alérgicas en la piel, pérdida del apetito, calambres, entre otros. Lo que el AZT hacía, era atacar a las células infectadas por el virus y destruirlas, pero la droga no tenía la capacidad de distinguir y eliminar sólo las células afectadas, sino que también destruía y evitaba la reproducción de aquellas células que estaban sanas.

Después de usar el AZT por al menos 20 años, se encontró otra solución menos dañina para el organismo. Los pacientes de VIH comenzaron a tomar lo que se llamó “cóctel”, un conjunto de al menos 15 pastillas diferentes que sintetizan tres fármacos distintos.

En la actualidad los antirretrovirales vienen en tres pastillas y para que la medicación sea eficaz y el cuerpo no se adapte tan rápido al medicamento, ni tenga efectos secundarios severos, se les recomienda a los pacientes acompañar la ingesta con una rutina saludable, sin alcohol, ni drogas y con una buena alimentación y un buen descanso.

Los medicamentos son brindados por Nación para todas aquellas personas que necesiten tratamiento para el VIH o SIDA.

—Y a veces faltó pero no, yo no tuve problemas, hasta ahora nunca corté. Me han cambiado sí los esquemas porque me van haciendo mal, como que el organismo se acostumbra o te hace mal, por ejemplo, me estaba intoxicando los riñones con uno, me tuvieron que cambiar todo. Tengo un riñón

más chiquito caído lleno de piedras, desde chiquita, cuando nació, lo tengo así pero las piedras sí se me hicieron por la medicación. La medicación hace cálculos y te enferma de otras cosas. Te curan de una cosa y te enferman de otra, como todas las medicaciones.

En nuestro país, el Ministerio de Salud de la Nación es el encargado de entregar los antivirales en los hospitales públicos. A comienzos de este año, el Ministerio suspendió la distribución de los medicamentos por un mes, dejando que cada provincia se arregle como pueda. El ajuste afecta a casi 70 mil personas sin cobertura privada. “Hay un total desinterés para el cuidado de la salud por parte del Estado. Esto puede provocar una resistencia y que el virus se replique nuevamente”, indicó Matías Muñoz, de la Red Argentina de Jóvenes y Adolescentes Positivos (Rajap) a Página/12<sup>6</sup>.

\*\*\*

Daniel, conocido como “el oso” siempre culpó a Sandra de haberle transmitido VIH, siempre tuvo la certeza de que ella lo sabía y eligió hacerlo a propósito, como una forma de no estar sola en ese recorrido. La hace culpable por haberle arruinado la vida, por ponerlo de mal humor y por cualquier cosa que le pase, tenga o no relación con Sandra. Él se encarga de convertir su vida en una pesadilla constante en la que ella tiene que pagar por lo que le hizo, tiene que pagar todos los males a los que lo arrastró, y tiene que pagarlos de la peor manera.

—Él se contagió y lo tomó de la peor manera, echándome la culpa de todo a mí, porque ya sabía que la otra pareja anterior mía se había infectado, entonces fui yo. Él no pensó que nunca se cuidó ni nada, fui yo.

—¿Y vos te sentís culpable?

—No, siempre supe que no fue mi culpa. Si hubiera sido que yo estaba con uno con otro, con uno con otro, pero no, tenía una pareja estable. 15 años estuve con ese y fue el

que me transmitió a mí, desde los 14 hasta los 29. Yo estaba con él nada más pero él no, él andaba con una y con otra.

—¿Se separaron?

—No, estuvimos juntos, pero siempre mal, siempre él tomando y siempre sacando a relucir todo: “por tu culpa, me arruinaste la vida” y todo eso.

Algunos años después de que Sandra supiera que era seropositiva comenzó a tener períodos en los que le daban taquicardia, sudaba frío, y le faltaba el aire.

—Sentía que me moría. Clonazepam a pleno, primero Alplax y después Clonazepam—. Los ataques de pánico se pasaron con la medicación y Sandra pudo volver a dormir en las noches que era lo que le importaba. —Mi ruina fue él, me hizo la vida imposible, la psicóloga me dijo: “todos tus problemas son él”.

Desde que Sandra y Daniel se enteraron que debían convivir con VIH, la dinámica de la relación cambió tornándose un calvario para ella y, tiempo más tarde, para Malena. Daniel comenzó a mostrar su otra cara, una faceta de su personalidad que no surgió de un día para el otro, tampoco surgió por no poder sobrellevar una situación, por el contrario siempre estuvo bien guardada y reservada para otros ámbitos hasta que un día se decidió a ser él mismo

La relación comenzó con un Daniel enamorado que quería pasar el tiempo con su esposa y su hija, que quería a Sandra constantemente a su lado, que la quería callada, sin que hablara con su familia ni con sus amigas ni amigos, que esté o con él u ocupándose de la casa: que haga vida de casada. Siguió con un Daniel que llegaba borracho y a los gritos, a desparramar trompadas a quien sea, y terminó con un Daniel preso que amenazaba con matarla cada vez que podía.

—Me arrancó los pelos muchas veces, me daba piñas en la cabeza para que no se vea. Siempre en la cabeza porque sabía dónde pegar. Un día sí, me rompió el labio mal y yo después tuve que andar, era invierno por suerte, tapada hasta acá — se apoya un dedo debajo de la nariz — para no dar

<sup>6</sup> Página/12. 20 de enero de 2018.

explicaciones a nadie.

Por el 2002, Sandra y Malena, que ya tenía seis o siete años, temblaban cada vez que se acercaba el horario en el que Daniel volvía a la casa.

—Y, el tipo llegaba de la calle borracho y me pegaba, y si se metía la nena, la revoleaba y la daba contra la pared. Yo no le decía nada, solamente porque venía con la cola sucia de la calle y ya decía que yo lo miraba con cara de orto y bueno. Pero no era cara de orto, era de miedo.

Una tarde del 2004, “el oso” en vez de ir a su casa a descargar todas sus miserias contra su esposa y su hija, fue a la casa de un amigo. Nadie sabe si estaba drogado o borracho o qué cuando empezó a golpearse el pecho como un gorila mientras gritaba “¿quién es el más guapo de la casa? ¿eh?”. Sus amigos le preguntaban qué le pasaba y Daniel volvía a gritar “¿quién es el más guapo acá?” y, sin tener muy en claro porqué, le abrió la mitad de la panza con una navaja a uno de sus amigos.

—Y yo después pensé que si él en vez de ir a la casa de ese chico iba para mi casa, me mataba a mí. Era uno u otro. Mi hija y yo.

Daniel era violento desde antes de conocer a su mujer, de eso no hay dudas. Ella cuenta que el padre de él, un hombre “chiquitito”, le tenía miedo y que lo miraba con desconfianza cuando tomaba.

Sandra asegura que esa noche no había tomado alcohol antes del episodio con los golpes en el pecho y la navaja. El alcohol no pone a nadie violento, sólo saca las caretas, deja a la vista aquello que la sobriedad controla y muestra las dificultades que tienen algunas personas para controlar su ira, su poca empatía y una necesidad imperiosa de demostrar que tienen el poder. Alcohol tomó después, le contó a un amigo lo que había hecho y se pusieron a tomar juntos, porque sabía algo de leyes.

—Quiso inventar que fue en defensa propia pero nadie se lo creyó. Dijo que le quisieron robar que él se defendió y no,

nada que ver. Hizo el cuento de que le habían robado la flauta, él toca la flauta traversa, es bañada en plata y que se yo, y quiso hacer ese cuento porque es cara y no, no le creyeron.

—¿Y no logró que lo zafaran de ninguna forma siendo de la fuerza?

—No, porque se había mandado muchas macanas estando trabajando ya y no tenían más donde ponerlo, lo iban trasladando de lugar en lugar...

—Se sacaron un peso ellos y vos.

—Sí. Si pero la boluda fue a verlo, ¿viste?.

“El oso” fue encerrado en el penal de Lisandro Olmos, localidad ubicada a unos 12 kilómetros del centro de La Plata. Pasó por todas las Unidades Penitenciarias del predio por su comportamiento: estuvo en la N°1, la N° 26 y en la N°25, unidad creada en el 2002 para todos aquellos que eran evangelistas y, por último, también estuvo en uno de los penales del complejo penitenciario de Florencio Varela, ciudad del Conurbano Bonaerense.

Para llegar hasta la unidad de Varela, Sandra hacía una viaje de aproximadamente cuatro horas y se tomaba un tren y dos colectivos.

—Él estaba en la parte esa que hay casitas, no se si viste. Es la parte que está sobre 197 y 40, no en el pabellón. Él tuvo la suerte que de entrada lo mandaron ahí, por ser de la fuerza. Se mandó cagadas, lo trasladaron a Varela. Fue todo un lío ir a verlo allá que está re lejos. Y yo metida en todos lados, haciendo los traslados para él cuando hacía cagadas hasta que me cansé.

Cómo fue empleado penitenciario en distintos penales, obtuvo una sentencia moderada, es decir que no cumplió su condena en los pabellones con el resto de los privados de su libertad, si no que la cumplió en una de las casitas que están dentro del predio del penal y que se comparten con otros compañeros.

—¿Estuvo muchos años presos?

—Le dieron doce y cumplió siete y algo. Poco para lo

que hizo, nadie tiene derecho a matar a nadie por más que sea malo o que sea lo que sea.

Sandra visitó a Daniel durante seis años de los siete que estuvo encerrado hasta que un día se hartó de esperar a que cambie. Ese mismo día empezaron las amenazas por teléfono, Sandra no las atendía y él llamaba a sus amigos y amigas y les gritaba “decile que me atiendan, la voy a matar cuando salga”. Al tiempo Daniel comenzó con las salidas transitorias que aprovechaba para ir a molestar a Sandra, sin importarle la denuncia penal que le impedía acercarse a ella.

—Fui con la madre de él a hacer la denuncia. La perimetral le hice a lo último cuando salía a veces. Ahí iba a mi casa a molestar y se la tuve que hacer. Pero después la tuve que sacar porque si no le sacaban el beneficio y no sé qué—. Aunque el abogado le dijo a Sandra que Daniel no se acercaría a ella, él igual aparecía por su casa a molestarla. —Iba haciéndose el bueno hasta que tomaba un poquito y empezaba a hacerse el loco porque quería estar conmigo y yo no quería.

Hoy en día están divorciados legalmente hace tres años. Daniel está libre y sigue cobrando media pensión como penitenciario, exento de todas las irregularidades que cometió mientras trabajaba (golpeaba a los presos con del borceguí hasta dejarlos mal y se robaba plata de las visitas) y del asesinato. De hecho, durante los años que estuvo privado de su libertad recibió un ascenso.

Nunca tuvo trato con Malena y le pasó plata para la mantención durante dos meses.

—¿Y te volvió a molestar después que salió?

—Si.

—¿Hasta el día de hoy?

—No, ya no. Me parece que ya lo entendió.

\*\*\*

En la intersección de calle 3 y 526 hay un predio en el que están los galpones ferroviarios de Tolosa construidos de

ladrillo a fines del siglo XIX. Rodeado por pasto descuidados, grandes charcos de barro seco y perros viejos que ladran al que se acerca, hay un galpón en el que funciona una cooperativa textil y ADDHES (Autoconvocados en Defensa de los Derechos Humanos de las personas viviendo con SIDA)<sup>7</sup>, lugar al que acudió Sandra por necesidad durante el 2004.

Comenzó a ir a las reuniones y a trabajar en la organización. Trabajaba en la calle realizando promoción, hacía encuestas tanto en las salitas de La Plata (desde el barrio El Rincón de Villa Elisa hasta Los Altos de San Lorenzo en La Plata) y luego organizando y repartiendo bolsones de comida.

—Yo terminé en ADDHES porque me quedé sin nada. Terminé sin nada y yo era ama de casa. En el hospital, en el San Martín, me mandaron ahí y fui.

Cuando Sandra comenzó a ir, eran alrededor de 30 personas las que asistían y con el tiempo fueron cada vez más. En ADDHES se repartía mercadería que les daba la municipalidad con la condición de que cubran el costo del flete. Al comienzo era así y ahora también es así, explica Sandra, pero ahora te cobran todo.

—En desarrollo te daban mercadería seca y del mercado era fruta y verdura y carne. Y había que hervirla, eh. Algunos no tenían para darle al perro otra cosa y le daban eso— dice mientras se ríe y se queda en silencio para luego agregar —huevos nos daban también. Teníamos todo completo.

También se realizan charlas entre todos los autoconvocados, y se cuentan todo: “una terapia pero sin psicólogos, entre nosotros”.

—¿Estaba bueno el grupo?

—Más o menos, porque había gente muy drogadicta. Está la gente que no se drogó nunca, la gente que se droga siempre, la que se pasa de droga. Pero igual tratábamos de contener a todos. Creo que eso se sigue haciendo, no sé porque no sigo yendo, como trabajo hasta los sábados, no tengo

<sup>7</sup>ADDHES surge de la organización de personas atravesadas por el VIH/SIDA con el fin de defender sus derechos vulnerados. Buscan resolver aquellas necesidades urgentes que no están cubiertas y mejorar la calidad de vida en materia de salud y trabajo. Su accionar es de un permanente reclamo al Estado a quien consideran garante del derecho a la salud.

feriados, no tengo domingos, no tengo nada. Pero no me queda otra.

—¿Pudiste contener a otras personas?

—Sí, muchas.

—¿Tenían miedo?

—Sí, miedo a todo, desde la discriminación hasta todo, hay personas que han sido discriminadas por los hijos, por sus propios hijos.

—Y vos con Malena ¿cómo te llevas?

—Malena militó siempre conmigo, al lado mío, porque es una militancia también ADDHES, nosotros salimos a la calle, defendemos, cortamos calles, hacemos todo por nuestros derechos, derechos humanos del enfermo de sida.

En Argentina, según el boletín sobre el VIH/SIDA en el país<sup>8</sup>, hay 120.000 personas con VIH y se notifican alrededor de 6.500 casos por año. En cuanto a las vías de transmisión, más del 90% se dan a través de relaciones sexuales sin protección. En el caso de las mujeres, el 90,5% se infecta en relaciones sexuales heterosexuales, más del doble de las transmisiones por relaciones heterosexuales en los varones que es de un 43,2%. El 30% de las personas desconoce su diagnóstico.

—La gente no sabe nada. Se creen que porque te dan un beso o porque comen con lo mismo que vos comiste se va a agarrar el VIH, porque toses o estornudás, como si fuera una gripe. O piensan que porque tienen pareja estable no se lo van a agarrar. “¿Vos tenés pareja estable?”, les decía a propósito, “¿y tu marido tiene pareja estable?”, “Y no sé, trabaja todo el día”, me decían. “Y bueno pensalo, hacete el test”.

Según el mismo boletín, en la actualidad prevalecen mitos sobre el VIH/SIDA, su origen y su transmisión. Se habla de una enfermedad que surgió en África o de la invención del virus como “arma biológica”; que al comienzo el virus afectaba a los homosexuales y a los y las promiscuas; y que la transmisión puede darse al compartir un mate o besarse. Siempre existió la falta de información, campañas de difusión eficientes y prevención desde el Estado, además de la

falta de aplicación de la ley de Educación Sexual Integral en las escuelas.

—Por ser humano nada más. Vos le explicás así en la calle a la gente “te lo podes agarrar por ser humanos” y se quedan pensando.

\*\*\*

Malena tiene la cara redonda como su mamá y un piercing en la nariz, su cabello es castaño oscuro y lo lleva planchado y suelto a los lados de la cara. La remera deja ver el antebrazo derecho y la muñeca izquierdas tatuadas y un short de jean, sus piernas. Tiene 21 años y lleva el apellido de su padre Daniel aunque le da igual relacionarse con él, sólo lo hace si necesita plata, si no, no. Cuando terminó el colegio se anotó en psicología pero no le gustó, probó en bellas artes y tampoco, así que después de algunos reclamos para su madre, eligió trabajar. Es parte del programa radial de ADDHES en la radio comunitaria “Futura”. El estudio queda en un barrio de casas bajas y veredas con césped, a unas cuadras de la casilla en la que viven Sandra, Malena y su novio.

—Sí, él está con nosotras mientras se porte bien. Ya les dije que me ajusten la cama porque me despiertan. Quiero dormir, no quiero que me despierten a la noche. Encima es una casilla, no te digo que gritan ni nada, pero el movimiento de la cama se escucha.

Sandra y Malena tienen una personalidad similar así que rozan, “parece que somos muy parecidas”. Malena aportaba poco en la casa y Sandra se cansaba de pedirle ayuda. Así que el año pasado, la chica decidió irse a vivir sola por “locuras de ella” hasta que una noche tuvo un dolor en el abdomen fuerte que la dejó tirada en el baño de su casa y terminó internada.

Sandra recibió una llamada en la mitad de la noche del teléfono de su hija pero la voz no era la de su hija, era la de un de hombre: “no se asuste, soy el cirujano, su hija está acá”,

<sup>8</sup>Boletín sobre el VIH-SIDA en la Argentina. N° 33. Año XIX. Diciembre de 2016.

le dijo la voz y Sandra salió “rajando” para el hospital Rossi. En el quirófano, a Malena le abrieron la panza para revisar qué era lo que tenía y para eso “le sacaron el intestino, le sacaron todo afuera”, los médicos pensaron que podía ser una úlcera perforada o una perforación en el intestino y resultó que tenía un quiste en uno de sus ovarios que casi le explota.

—Ahí sí pensé que si se moría ella en la operación, yo me iba con ella en ese momento. Fue la única vez que se me paso por la cabeza porque no sabía cómo iba a seguir sola si es lo único que tengo, mío. Lo único que yo considero mío mío es ella...y zafó ella y zafé yo.

Durante la recuperación, Malena se quedó con su mamá hasta que se sintió mejor y se fue a vivir sola otra vez. Pasaron unos meses, no pudo pagar más el alquiler y le pidió ir a vivir con ella nuevamente.

—¿Te hubiese gustado tener otro hijo o hija?

—Sí, para que ella no esté sola, si. Pero bueno, no se pudo. Tuve otro con él que me infectó a mí. A los 21 tuve un nene que nació mal, ochomesino y falleció.

“Y si, no fue fácil mi vida” agrega con tono de resignación y el rostro inexpresivo.

\*\*\*

Hoy en día, Sandra disfruta de mirar películas de terror y pasar tiempo con su hija, tiene como objetivo terminar su casa que sólo tiene los cimientos sobre lo que en un pasado fue el gallinero. La construcción quedó parada en el 2004 y con ayuda de sus compañeros y compañeras de su grupo religioso (culto umbanda) tiene pensado levantar las paredes y techarla.

Ante la pregunta de si tiene pensado tener otra pareja, dice que no, que para ella eso ya fue después de lo del padre de su hija. “por ahí un touch and go si hubo, como todos, pero más que eso no”

—¿Te da miedo?

—No.

Después de que finalmente pudo separarse de Daniel y este se decidió dejar de molestarla, Sandra conoció a otro hombre con el que se llevaba bien y tenían una buena relación. No dice su nombre pero cuenta que fue asesinado por un policía amante de su ex mujer en enero del 2016.

—¿Y no estuviste con nadie más?

—Sí, tenía a otro— vuelve a reírse sin mostrar los dientes— encima era el padrino de mi hija. Con ese andaba antes pero era el mejor amigo del padre de mi hija, siempre me defendía cuando el otro me pegaba, siempre estaba cuando yo lo llamaba. Se llama Emilio.

—¿Y con él qué pasó?

—Con ese terminé hace poco porque ya no daba. Él sabía todo, lo de mi enfermedad, todo. Era un mujeriego. El tema es que con él no me iba a encariñar ni nada, ya lo quería de antes, como el padrino de mi hija. Y después fue más. Igual nosotros siempre lo tuvimos claro, que nunca íbamos a tener nada serio. Si mi ex mató a uno porque sí, imagínate si se entera que está conmigo...Me la daba a mí.

—¿O sea que terminaron?

—No se terminó, el otro día nos vimos, pero nada serio. Él siempre diciendo que nunca íbamos a poder tener nada serio, que era un imposible. Y bueno, si vos decís que es un imposible...ya está. Es imposible.

A Sandra no se le dificulta conocer hombres si es para algo casual, no cree necesario tener que contarles que es portadora porque sabe que tiene que cuidarse ella y cuidar al otro.

—No, no lo cuento, aparte con el único que tuve algo fue con el que mataron y con él y nada más. Uno ya sabía todo y con el otro me cuide y listo. Con Emilio nos conocíamos desde hace más de 30 años. Cuando éramos más chiquitos habíamos salido, nos reencontramos por Facebook y se dio, estuvimos y pasó todo lo que pasó.

\*\*\*



Sandra supo, con mayor o menor dificultad, cómo resolver los obstáculos que se le fueron presentando a lo largo de su vida, se armó de un caparazón que la protege y que es la frialdad de sus expresiones y la ironía con la que responde. “Me pegaba porque me lo merecía, si yo lo contagie a propósito” dice y se ríe aunque sabe que no es así. Muchas veces las dificultades la arrastraron y la llevaron a deprimirse pero nunca llegó a sentirse tan mal “como esos que piensan en matarse”. Hoy por hoy dice que convive con VIH con total normalidad y ante la pregunta sobre qué la motiva a seguir, responde:

—Soy así, que se yo, es mi naturaleza.

## “WARMI: En Quechua es sinónimo de mujer”

---

Según datos del último Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas, en el año 2010 había poco más de 1.800.000 extranjeros en la Argentina, un cinco por ciento de la población total. Las y los bolivianos conforman la segunda colectividad después de la paraguaya con un 19 por ciento del total de extranjeros en el país, aproximadamente 345.272 migrantes.

Norma y Juana forman parte de ese colectivo de mujeres que migran a la Argentina.

### **NORMA**

Norma hace veintiún años pisa suelo argentino, desde que tiene veinte años. No fue por decisión propia ni porque hubiera querido salir de su país sino porque no tuvo opción. No le preguntaron que quería para su vida ni cuáles eran sus sueños, ella vino porque sus padres se lo ordenaron.

—Para entonces estaba soltera y mis padres habían venido a Argentina en busca de nuevas oportunidades cuando la dictadura terminó. En Bolivia me había quedado a cargo de tres hermanos menores y como estaba mejor para vivir acá dijeron que nos íbamos a venir todos. No estaba de acuerdo pero no tuve opción —Mira de reojo con sus ojos negros pero sin fijar la mirada. Siempre sonrío.

Norma es quechua, vivió toda su infancia y parte de su adolescencia en el campo que su abuela y su abuelo obtuvieron después de años de esclavitud en Kochis, en el departamento de Chuquisaca, uno de los nueve que conforman el Estado Plurinacional de Bolivia cuya capital es Sucre.

Las migrantes y los migrantes bolivianos llegaron a Argentina durante los años setenta para trabajar en áreas de la agricultura: en las cosechas de caña de azúcar, tabaco, tomates y frutas. Los padres de Norma no fueron la excepción.

—Mis papás en los ´70 habían venido a trabajar en la cosecha de Ingenio Ledesma en la época de la dictadura. Mi papa Zafó pero no sé cómo. Justo alguien les dijo que si no querían desaparecer se vayan de ahí y de un momento a otro volvieron a Bolivia. Según las leyes yo soy argentina porque nací acá, pero viví toda mi infancia y toda mi vida en Bolivia así que me siento boliviana.

La cultura de Norma viene de ahí, su forma de hablar también y no quiere cambiar porque siente orgullo. Pero la gente le dice “hablas distinto” y ella les contesta: “Sí, hablo distinto porque no soy de acá. Tranquilamente podría decir “pollo” pero quiero seguir diciendo “poio” porque cada quien es libre para verse y sentirse desde su lugar”.

Con el paso de los años las tareas designadas a las y los migrantes fueron variando, pero con roles de género marcadas. Los hombres empezaron a ocupar el sector de la construcción y las mujeres la venta de verduras y condimentos, los talleres textiles o el cuidado de ancianas y ancianos. Hoy comparten parte de las actividades y son quienes llevan adelante un ochenta por ciento del cordón fruto hortícola de la zona de La Plata y alrededores. Sin embargo el encasillamiento sigue vigente y los trabajos en general no varían para las personas migrantes.

Norma desde niña cumplía con la tarea de atender a los hombres como su madre le enseñó y como su padre le ordenó. Además hilaba, cuidaba ovejas y hacía telar manual.

—Cuando era chica mi papa decía que yo no servía, es

más, decía “esta china (hembra) no sirve”. Sentía una agresión muy fuerte de mi propio padre porque me lastimaba, él decía “Mis hijos sí son el futuro, mi esperanza es por los varones”. Desde que tengo uso de la razón tengo que ayudar y no me daba cuenta que desde chiquita estaba siempre trabajando.

Norma es delgada y pequeña, su cuerpo revela los cuarenta y un años que tiene, el trabajo que en el campo hizo y las horas que pasó ya en Argentina sentada en un taller de costura chino. Su tez morena y el pelo negro realzan el blanco de sus dientes que dé a ratos, una sonrisa entrecortada deja ver. Al lado de sus manos hay un sándwich de jamón y queso que no toca, pero que de a ratos mira.

—No podía estar sentada comiendo con mis hermanos y mi papá, yo tenía que estar con mi madre trabajando y acomodando. “Ustedes después van a comer nomas”, esa era la forma que tenía mi padre de tratarnos. Mientras con mi mamá cocinábamos, atendíamos y limpiábamos la cocina, mis hermanos y mi papa podían estar echados. Eso me dolía y me daba bronca —Su voz se corta.

—Tenía ganas de ir a pegarlos, pero no podía. Entonces hasta mis hermanos tenían esa idea de que yo tenía que hacer las cosas porque era mujer y con doce o diez años tenía que pasarme todo el domingo lavando una pila enorme de ropa mientras mi papá iba a la cancha o iba a tomar con mis hermanos. Y yo ni los fines de semana descansaba. Ahora que me doy cuenta nunca descansaba —Mira a un punto fijo unos segundos. Su bolso negro sigue en el piso donde lo dejó cuando llegó una hora atrás, aproximadamente a las dos de la tarde del sábado. Iba a llegar una hora antes, pero después de ayudar en la cooperativa textil volvió a su casa del barrio Melchor Romero a prepararle unos churrascos con huevos a sus hijos y a su marido, porque para no perder la costumbre siempre anda ayudando y trabajando.

Norma migró por primera vez cuando tenía trece años y se fue a la ciudad de Sucre a un internado católico donde todas las mañanas se leía la Biblia a las seis de la ma-

ñana pero que gracias a esa práctica a los quince años aprendió a hablar español. Muchas personas del campo no tienen la oportunidad de terminar ni la primaria ni la secundaria por falta de presupuesto, por eso la única salida que ven los padres para sus hijos es enviarlos a un internado en la ciudad. El hermano mayor de Norma pudo estudiar en la capital porque su padre le alquiló una pieza en una pensión.

—En el internado había gente de todas las regiones. Gente que no entendía quechua, y otros que no entendían castellano, entonces tenías que comunicarte de alguna manera. Ahí aprendí español. Casi todo fue positivo y empecé un poco a darme cuenta que en el campo, desde mi lugar, como yo era quechua y campesina no iba a poder superarme. Antes de entrar al internado no tenía esa opción por más que lo hubiera soñado no tenía posibilidades, mi sueño era ser empleada doméstica —Se ríe a carcajadas mientras recuerda que su madre le respondía que iba a ser costurera.

Viste un jean y una remera con brillos haciendo juego con unas botas de tachas doradas, pero a sus trece años Norma vestía la pollera de Chuquisaca. Esa pollera es más corta de la que comúnmente se suele relacionar a las cholas de la paz y por lo general se acompaña con un sombrero, aunque ella solo usaba trenzas.

—Como en todos lados la discriminación siempre está y depende de cómo te ven es como te tratan, entras primero por los ojos. Yo era de pollera y es muy difícil integrarse en la sociedad viniendo de ahí. A veces hasta para el noviazgo te discriminaban por más que esa persona gustara de vos, como eras de pollera se alejaban para que no les digan que estaban con una chola, una campesina.

Habla y su boca pareciera programada para sonreír a cada instante que el silencio se hace inoportuno. Mira el sándwich que sigue en su lugar. No hace nada y continúa: —Muchas veces me pasó acá y en Bolivia peor que he sido manoseada en la calle. Piensan que por ser campesina vos no tenes valor ni derechos, simplemente porque yo iba de pollera. Eso me pasó

muchas veces, me han insultado, me han manoseado y hasta mis compañeros mismos; yo era la única en la secundaria, la única de pollera y ni querían compartir la mesa conmigo por eso me sentaba sola. Siempre estaba sola.

Norma tuvo oportunidad de cruzarse con un compañero del internado años después, en uno de los viajes que hizo de visita a Bolivia. Él no la reconoció puesto que no vestía pollera, ni sus típicas trenzas. La invitó a salir dos veces, fue incluso hasta la casa a buscarla y, a pesar de su insistencia ella no accedió.

—Me acordaba que nunca me había dirigido la palabra cuando iba de pollera y ahora que me veía de otra manera y como no me reconocía me invitó; pero no tenía por qué darle bola. No tuve mucho tiempo con él sino le hubiera dicho algo, no tuve oportunidad.

Norma tiene una hija y un hijo, Carolina de trece y Rafael de tres y está casada hace quince años con un hombre migrante de Bolivia que conoció en Argentina por intermedio de uno de sus primos. Como se solía hacer por esos años pidió permiso a sus padres para salir con la hija y así empezó la relación. Actualmente siguen juntos, él es albañil y ella costurera.

\* \* \*

—Siempre me costó la vida pero nunca bajé los brazos. Hasta el día de hoy la vengo peleando. Trabajo, hago algo, participo de algún lugar y siempre así porque me gusta.

Norma vive actualmente en Melchor Romero, partido de la ciudad de La Plata, en Argentina, y es parte de la organización de la Cooperativa textil boliviana ubicada en calle 511 entre 22 y 23 donde funciona también la radio Integración Boliviana.

Sus padres, sus hermanos y ella vinieron a Florencio Varela en 1996. El objetivo era tener una casa. Su primer trabajo fue en una verdulería, después estuvo en un taller de

costura en Morón y luego en una fábrica textil en La Plata hasta que pudo independizarse y formar su propio taller de costura.

—Llegando a Argentina no tuve muchas opciones, o tenía que trabajar en una verdulería o de costurera, no había otra posibilidad. En Capital Federal existen talleres clandestinos con cama adentro que son de los chinos, yo estuve en uno en el que me pagaban trescientos pesos. Entraba a las ocho de la mañana y salía a las doce de la noche, pero duré un poco porque me llamaron de una fábrica textil.

Según datos de la organización social “La Alameda” en el 2015, “78% de las prendas que se fabrican en la Argentina provienen de talleres clandestinos donde existen prácticas de trabajo forzoso, precario o esclavo. Estas son confeccionadas por más de medio millón de personas. En la ciudad de Buenos Aires este número alcanza aproximadamente a 30.000”.

—En el taller de los chinos era la única boliviana en medio de todos los argentinos. Al principio sentí el rechazo de mis compañeras porque no podía expresarme tanto como estoy hablando ahora, me daba miedo, me trababa mucho y no podía hablar. Había una compañera argentina que me decía “no te preocupes yo te voy a enseñar”, entonces ahí empecé a tener confianza, le conté que yo no sabía hacer algunas cosas, que mentí porque quería trabajar y ella me decía que no me preocupe.

Norma de veinte y su compañera Esther de cuarenta años empezaron una amistad después del trabajo: —Ella me invitaba a su casa y hacíamos churrascos cuando no estaba su marido porque él pertenecía a una secta que no tenían que comer carne, ni tomar cerveza, entonces no tenía con quien compartir esa comida. Ella era gordita y me parece que por eso sus compañeras también la hacían a un lado. Así que nosotras nos unimos, nos discriminaban a mí por mi nacionalidad y a ella por gordita; pero nos hacíamos churrascos y tomábamos cerveza.

La amistad de ambas siguió un tiempo después de que Norma renunció al taller de los chinos para mudarse a La Plata y trabajar en una fábrica textil en la que veinte personas tenían que producir setecientos pantalones al día, pero de a poco fue diluyéndose hasta perder el contacto por completo.

El nuevo trabajo era muy duro y por eso estuvo tan solo dos meses, tiempo suficiente para ver los vestidos que le llevaron horas hacer y por los que cobró algunos pocos pesos, lucidos en la televisión por las jóvenes protagonistas de la novela éxito de Telefé en el verano del año 98.

—Después me fui a trabajar a otra fábrica donde tenía un grupo de gente trabajando que en la gran mayoría eran mis paisanas.

En la fábrica, tanto hombres como mujeres cobraban lo mismo ya que no había diferencia, según Norma, entre ambos sexos. Sin embargo, entre sus paisanas y paisanos sigue estando vigente la idea de que el hombre solo por ser hombre debe cobrar mucho más que la mujer ya que tiene más fuerza para los trabajos pesados y porque producen mejor.

—Eso es lo que dicen, pero eso pasa más en mi colectividad. En los trabajos que hice en fábricas argentinas todos hacíamos lo mismo. Si había diferencia era porque era una persona muy rápida o muy prolija o se dedicaba exclusivamente a una cosa pero había poca diferencia, por ahí una mujer ganaba más que un tipo. Pero no había tanta diferencia entre los argentinos, sí entre los bolivianos y hasta el día de hoy se nota eso, solo por ser hombre ya tenes el título ganado.

En la fábrica que trabajaba con sus “paisanas” tampoco estuvo demasiado porque ya estaba decidida que iba a coser por cuenta propia en su casa. Había días que trabajaba hasta altas horas de la madrugada y amanecía muchas veces en la misma silla que había empezado el día. Así fue como ayudó a sus padres a tener la casa propia y sólo después de lograr eso se mudó sola y empezó a trabajar para ella.

—Siempre me costó la vida pero nunca bajé los brazos —repite. Norma se toca las manos, las rodillas y mira el sándwich; pero no lo toca. Habla de sus padres— Ahora siento que soy querida por mi papá y por mi mamá. No me duele que me hayan maltratado, no me duele porque a esta altura al menos pudieron reconocerlo —en una milésima de segundo una lágrima oportuna se desliza por la mejilla de Norma. Lloro y se seca las lágrimas con una servilleta.

—No pensé que iba a emocionarme. Yo no pude recibir ese cariño que sí recibieron mis hermanos y para que suceda eso tuve que pelear con mi papá o con mi hermano, que era bravo también. Si decía algo ya me pegaba con el cinto o con lo que tenía a mano. Siempre tuve miedo de ellos. Yo le decía a mi papá “no es cuestión de plata o fuerza todo, algún día vos vas a necesitar cariño también, vas a necesitar alguien que esté a tu lado”.

Norma cuenta que sus hermanos actualmente le gritan y lo dejan solo y son las hijas las que andan llevándolo al doctor y cuidándolo: —Y él siente culpa pero yo le digo “ya pasó pá, ya fue. No hay cosa que se pueda retroceder. Si me han maltratado, ya me han maltratado, no tengo rencor”. No me duele porque ellos tuvieron esa educación y yo también pensaba que de esa forma se educaba y a los doce o trece años yo golpeaba a mis hermanos y hermanas pensando que así se hacía y hoy en día siento culpa de eso yo también y duele. Pero no lo puedo remediar.

Ahora la relación con sus hermanas y hermanos cambió. Con algunos es más compinche y con otros no tanto. Al mayor un día que la molestaba le dijo: “Mario, ¿no crees que me estás molestando mucho?”. Así, lo miró a los ojos y él bajó la mirada. Nunca más la molestó. Y su padre además de culpa por golpearla siente culpa porque no la mandó a estudiar como lo hizo con sus hijos varones.

—No le guardo rencor. No es su culpa porque a él su mamá lo crió así, pensando que las mujeres no valían y los hombres sí y ellos mismos a nosotros. Yo pensaba que mis

hermanos tenían más valor y poder, pero no es así, hasta mi mamá misma los crió machistas a sus hijos, suele decir “pero él es hombre”. Lo hablamos entre los tres y yo les dije que la sociedad y la cultura que nos rodea nos han hecho creer eso y mi padre me ha dicho que cuando termine de estudiar se puede morir tranquilo. Está casi postrado en una cama, pero aún puede hablar, puede caminar despacio. Como que realmente está esperando que yo termine para morirse.

Norma estudia hace dos años diseño en indumentaria en Universitas. Se anotó en la carrera de moltería y empezó creyendo que iba a hacer un curso corto, pero se encontró con que además iba a tener que estudiar historia, tecnología, marketing y cinco materias más. Cursa todos los días de la semana de cuatro a cinco horas, en las noches hace los trabajos prácticos y los fin de semanas se junta con sus compañeras de grupo. Además cose en su casa, cose en la cooperativa textil del centro cultural boliviano, cocina, lava, limpia, lleva a la hija y al hijo al colegio y cuida a su padre. Su marido dice que debería ocuparse más de la casa y parar un poco. Su marido no sabe que muchas veces Norma le miente que va a comprar pan, leche o papel madera y se va a hacer cosas de la cooperativa. Su marido no sabe que está hoy acá conmigo.

—Cuanto más mi marido me dice que tal cosa no puedo hacer es como que la lamparita se me prende y más quiero hacerlo. Por ejemplo, no quería que aprenda a manejar pero hoy en día se da cuenta que le sirve. También me gusta participar de algunos talleres y a él no le gusta que vaya entonces le digo “bueno, me voy a comprar leche”. En ese sentido me fui liberando bastante, a mi manera.

Norma rescata que él no es celoso porque está muy seguro de sí mismo. Lo sabe porque siempre le dice “Quién te va a dar bola a vos, yo soy el único que te quiere”. Y según ella, es mejor que piense así porque él no está acomplejado y ella no está preocupada.

—Hace 14 años que estamos juntos y la verdad es machista. No quería que yo estudie y me cargo con cosas de

más para poder hacerlo, a veces duermo cuatro o cinco horas nada más para no dejarlos sin la comida ni a él ni a mis hijos. A veces no llego a cocinar y se enojan conmigo porque no me dan los tiempos. Hay veces que no trabajo o trabajo los fines de semana para bancarme lo que estoy cursando porque sale dos mil pesos por mes estudiar en Universitas. Se me hace difícil llevarlo. Este año ha sido todavía más difícil. —Saca el celular y muestra un trabajo práctico que hizo con las compañeras de diseño— le pusimos de título: “Warmi”, en quechua es sinónimo de mujer.

El día de Norma arranca muy temprano, a las siete y cuarto de la mañana ya está saliendo en el auto con su hija y su hijo para llevarlos al colegio y al jardín respectivamente. Vuelve, acomoda la casa y después se pone a hacer sus trabajos prácticos. A las once va a buscar a su hijo, regresa, le da de comer y a las dos se pone a hacer sus cosas otra vez hasta las cinco que se alista para ir al instituto hasta las veintidós. Cuando regresa el día está pronto a terminar.

—Todo me toca hacer a mí. Por suerte mi hija me ayuda con lo que es la limpieza de la casa. Al hospital tengo que llevar yo, a la escuela tengo que llevar yo. A la mañana salgo siete y cuarto, siete y media. Mucho descuido a mi familia yo. —Agacha la cabeza y se toca el rostro con la mano izquierda— Es que los fines de semana dejarles sin comida como que me duele, porque en la semana, pobres, me bancan. Y encima que el fin de semana no haya comida la conciencia no me deja en paz.

Culturalmente está impuesto que la cocina pertenece a la mujer, así como los restantes quehaceres de la casa. Norma no cree que sea algo cultural: —Es difícil poder decirle a mi pareja “vas a cocinar”. No lo acepta por más que tenga tiempo. Él trabaja hasta las cuatro o cinco de la tarde de albañil y es difícil negociar esa parte. Yo sé que él trabaja, y él dice que trabaja y decir eso quiere decir que es el sostén de la casa, pero él tiene un solo trabajo, trabaja y después descansa, los fines de semana está mirando tele. Y yo no tengo ese tiem-

po, estoy esperando que sea fin de año para dormir, me gusta dormir. Ahora estamos preparando la kermes de fin de año con la cooperativa y eso también me lleva mucho tiempo, es un evento que se hace anualmente y lo preparamos todo el año.

Con total seguridad admite que no regresaría a Bolivia, su vida ha cambiado mucho en estos veinte años y las “comodidades” de las que habla le sería imposible tenerlas en su país natal: —Acá tengo agua, luz, tengo auto. Estando allá no creo que hubiera llegado a tener por ejemplo mi propio emprendimiento, ni mi casa, porque el trabajo que hay allá se paga muy poco.

Ella es una hormiga obrera que no para, que lleva, trae y provee sin quejarse pero sintiendo culpa. La lucha por salir de su pueblo y estudiar, en ayudar a su madre y a su padre a tener su casa propia, en aguantar las dieciséis horas sentadas en un taller clandestino chino, en levantarse todos los días a las siete de la mañana y no sentarse un segundo, en ver crecer codo a codo junto a sus compañeras el Centro Cultural Boliviano conforman la vida de Norma. Ella ahora mira el sándwich unos segundos más, agarra su celular y pone un tema de Inti-Ilumani.

—Dale, ahora contá vos —Empieza a comer el sándwich mientras me mira y suena de fondo el tema ausencia: “Un país llevo perdido cuando duermo. Se me aparece en mis sueños como enemigo, como si en mí pecho golpeará un mar que boté al olvido y a los ojos se me asomara la vida que ya viví”.

\* \* \*

El norte 18 frena en la parada de 511 y 23, a siete cuadras del centro cultural boliviano formado en 2009 en son de reivindicar las costumbres bolivianas. En la entrada de lo que sería una casa en construcción está montada la radio “Integración Resistencia”, perteneciente a la cooperativa textil.

Colgadas sobre el paredón que da a la calle se divisa

la bandera argentina con el lema: “Las Malvinas son argentinas” y la bandera boliviana con la frase “Mar para Bolivia”. En la cochera usada también como patio hay varios tableros y mesas ocupadas por vecinas, vecinos, amigas y amigos del barrio Melchor Romero. En el fondo otras cinco o seis mesas también forman parte de la Kermes que Norma y sus compañeras organizan y a la cual me ha invitado con mucho entusiasmo hace unos meses.

El sol se cuele por la media sombra verde colocada como una especie de techo, y el calor no se hace esperar demasiado. En el cemento del patio trasero las niñas y los niños corren sin parar, incluido Rafael, el hijo de Norma.

La mesa cuadrada con mantel a rayas y frutas está lista. Las mujeres de la cooperativa corretean marcando surcos invisibles entre la caminata de una y la otra al mismo tiempo, pero en sentido contrario. Norma viene del fondo del patio, desde la cocina donde están saliendo todos los platos del día: pollo al horno con papas, piké (salchichas con papas, cebolla, morrón y aderezos) chicharrones, sopa, jugo de mocochinchi lo que vendría a ser jugo de durazno disecado y hervido similar a la compota. Norma mira, se ríe dulce y tímida, se acerca, pregunta si “la moza nos atendió”, habla dos cosas y se va nuevamente hacía el fondo.

Entre risas, cuchicheos y charlas se escucha la radio, alguna que otra entrevista a vecinos y vecinas del barrio que se acercan a comer, escuchar música y ver los bailes típicos. Nadie perteneciente al Centro está sin hacer nada, todas y todos tienen un rol, una actividad: tomar los pedidos, pasar música, cocinar o atender a las invitadas y los invitados. Pero la señora que pela papas es la que capta la atención ya que está sentada en un banco cerca de los baños, con la espalda encorvada hasta el suelo de dónde saca las papas de un fuentón gigante. Pela, lava, corta. Y repite ese mecanismo una y otra vez.

Norma aparece y desaparece, se esfuma por entre la gente revoleando un repasador y llevando la batuta:

—Dale, lleva esto. ¿Esta mesa ya la atendiste? —La joven moza la escucha y asiente ante cada pedido de Norma. Conforme, ésta le retribuye una sonrisa.

Vuelve la vista y sonrío nuevamente.

—Me hubiera encantado que conozcan a todos, pero estamos muy ocupadas. La kermes superó nuestras expectativas.

Y una vez más se esfuma entre el tumulto de ayudantes de la cocina, abriendo paso con el repasador y sus botas negras con tachas doradas mientras pienso en las palabras de Norma aquel sábado que nos reunimos: “La cooperativa textil empezó con todas mujeres migrantes de Bolivia, hoy abrimos el lugar para la cooperativa de obreros y albañiles, pero siempre desde el concepto de igualdad. Ahora aceptamos hombres, no discriminamos; pero nuestra cooperativa se sigue llamando “Mujeres de pie”.

Norma sale de la cocina secándose las manos, en su rostro se percibe la alegría que transmite entre escuetas sonrisas y mira a los hombres que participan en la cooperativa. Algunos están en la entrada recibiendo gente o en la radio y otros están tomando unos tragos con las invitadas y los invitados o pidiendo más comida a las mozas que anotan varios pedidos a la vez. Norma los mira mientras corretea entre las mesas levantando platos sucios, sirviendo a las y los comensales que aún no han comido y supervisando que no quede nada al azar, haciendo honor al nombre que le han puesto a la Cooperativa.

## JUANA

En la esquina de Palos y Olavarría, en el tradicional barrio de La Boca en Capital Federal, la señora detrás del mostrador de la pizzería “Avanti” toma el pedido: PROMO 4 una muza, seis fainás y una gaseosa. Caminito está a tres cuerdas y el panorama vislumbra distinto en cuanto una se aleja

de los edificios de colores: la vereda se vuelve estrecha y hay que ir evitando las baldosas ya que de cada cuatro hay dos rotas. Afuera del local hay tres mesas y unas cuantas sillas de plástico desarmadas contra el ventanal manchado que refleja el gris opaco y las manchas de humedad de las paredes de los edificios.

—Siéntense, chicas. Abran una mesa que en un rato les llevo la comida —La señora se limpia las manos grasientas en el delantal.

Mientras sale la pizza, la gaseosa engaña el estómago y los vasos de plástico se vuelven la distracción al caer al piso una y otra vez cada vez que se vacían debido al viento. La mirada de Juana está oculta detrás de unos anteojos de sol con marco blanco, sonrío, se saca un diente y lo guarda. Frota sus rodillas sin parar de moverlas.

—Pone Juana en la entrevista. —Fija los ojos y ríe fuerte. Su risa es una revolución, como si un coro de voces saliera de su garganta.

La mujer sentada con los hombros caídos hacía delante es migrante boliviana, nació en La Paz. Es psicóloga y actriz. Su papá es comunicador social, su madre vende conos de hilos gruesos que se usan para coser el pollo, el chorizo o para macramé y tiene cuatro hermanos con los que se trata poco. Hace seis años vive en Buenos Aires, Argentina, luego de que un amigo la incentivara a que pruebe suerte con el teatro. Vino a prueba durante tres meses, a pasear, ir a funciones y conocer la ciudad; y finalmente se lanzó a la incertidumbre y se instaló por completo en Capital Federal.

—Acá fue duro. La etapa más difícil duró tres años y los primeros tres meses fueron la muerte. Me cansé de repartir mi currículum desde Malabia hasta el Obelisco para lavaderos, restaurantes, acompañante terapéutica y hasta hice mil currículos con inventos. Lancé, lancé y lancé y no tuve respuesta, no tuve nada. Te ven necesitada y es una realidad que el inmigrante tiene que afrontar, te ofrecen cualquier trabajo y encima piensan que tenes que estar agradecida. Como que

a los extranjeros nos ponen en ese lugar incómodo de hacer trabajos que nadie quiere como por ejemplo: cuidar viejos. Aunque bueno, para mí son incómodos —Hace muecas con la boca dejando a la vista un lunar escondido en su labio inferior. Su pelo negro atado con una media cola llega hasta la mitad de su espalda, viste un suéter violeta y una calza roja con flores. Hace pocos minutos salió de una clase de danza por lo que tiene que estar cómoda. Mide menos de un metro cincuenta y hasta la pizzería llevó en todo momento la mochila deportiva adelante en su pecho.

Cuando vino a Argentina vivió un mes en la casa de una compañera de teatro hasta que se mudó con una tía por parte de la madre y su marido. Su tía tenía un taller de costura en su casa y ella la ayudaba con los quehaceres y en cuidar a su hija. Mantenía una buena relación con la familia a pesar de que su tía llevaba mucho tiempo distanciada de su hermana, la madre de Juana. Sin embargo, con su marido la cosa era distinta.

—Ese tipo era desagradable. De pronto él se quería coger a cualquiera contra la pared, era horrible. Ese ambiente era muy feo y yo me sentía acosada. Una noche de reunión él quería seguir bebiendo y mi tía ya se había dormido, todos estaban en pedo y se me tiró encima. No sé cómo logré escapar. Al tiempo me enteré que ahí mismo se armaban fiestas y él estaba con cualquiera, hasta con la prima, como que le daba lo mismo fuera o no conocida de mi tía; si él estaba en pedo te iba a querer acosar.

La tía de Juana tenía un taller de costura en su casa donde varias personas migrantes de Bolivia trabajaban la temporada de invierno que es la más rentable porque la ropa es gruesa. La jornada laboral empezaba bien arriba con cumbia y café a las cinco de la mañana y terminaba por la noche cuando los muchachos se dormían cuatro o cinco horas en el taller, en la misma silla caliente en la que habían estado sentados todo el día.

—No querían tener DNI ni contrato. Mi tía hizo lega-



lizar el taller pero ellos no querían, eran jóvenes y querían trabajar la temporada. Vinieron tres primos del marido y se quedaron en el cuarto de arriba en el que se cortaba la tela. Cortaban y dejaban, limpiaban la mesa y ahí ponían los colchones donde dormían los tres juntos en un espacio de tres por tres. Estaban ahí aspirando los pedazos de telas, los algodones y después entendí por qué mi tía se desesperaba por comprar yogurt, ya que al cortar mucho tenían que tomar para que no se les quede acá todo el polvillo —Extiende su mano y con el dedo índice toca su garganta. Su voz es ronca y monótona.

El domador es parte esencial en el rubro de la costura. En la jerga lo llaman así porque es quien desde el amanecer los incentiva a continuar con sus labores sin descansar diciéndoles: “Esta hora extra te va a costar así, dale, bueno te pago un poquito más”. Sin embargo, muchas veces el domador no es suficiente y la cocaína también es un componente indispensable para el trabajo.

—Yo a veces la ayudaba a cuidar a su hijita y a cocinar, pero nunca me metí en el taller. Era muy feo. Después me fui porque mi tía estaba peleada con mi mamá y cuando murió mi abuelo no le quiso avisar del funeral. Así que me fui a vivir cerca de Villa Lugano porque era más barato y era lo que podía pagar, al principio no tenía prejuicio e iba a comprar por cualquier lado pero en un momento empecé a sentir realmente una energía que se respiraba muy densa. Escuchaba peleas, había mucho chupi hasta los lunes, violencia, encima esa parte donde estaba era muy fea, sucia y realmente era desalentador estar ahí.

Cuando Juana llegó a Argentina su título de psicóloga no valía y tardó cinco años en revalidarlo. Mientras rendía algunas materias libres y esperaba el pase administrativo de un país a otro trabajó de acompañante terapéutica con una señora de Olivos. Su rostro se frunce al recordar como si chupara el ácido de un limón.

Mientras la señora de la pizzería sirve la comida Jua-

na esconde el celular atrás del servilletero al ver que un pibe se lleva una bicicleta y el dueño lo corre cual maratonista profesional al grito de “vení acá pendejo de mierda”.

Su pelo ahora suelto no se inmuta ante sus movimiento, el lacio perfecto cae hacía ambos lados de los hombros dividido por una raya al medio. Se lleva a la boca una porción de pizza y trata de seguir hablando: —Cuando trabajé con esa vieja de Olivos ella me llevaba en su auto con amigas y empezaban a sonreír, todo era demasiada sonrisa, demasiado modal, demasiada forma, hablaban de la moda, de Rial, de esos programas de la tele. Era respirar y... —Lanza un suspiro proveniente del diafragma, baja los hombros y levanta la cabeza en un segundo.

—respirar, tratar de no hacer caso al estereotipo de que te digan: “Ah, ¿estudiaste psicología? porque acá los bolivianos son verduleros o costureros, pero nunca algo más”. O cuando en las entrevistas de trabajo te dicen: “¿Por qué te viniste?, Mejor te hubieras quedado. Porque es difícil... yo que tú”. En la calle también sentí ese prejuicio, una vez estaba en calle Corrientes, había ido de compras y me puse a ver unos libros. Un policía se me acercó y me dijo: “¿Vos qué haces acá, sabías que está mal meter la mano en carteras ajenas?”. Y yo me fui asustada corriendo, le había mostrado la entrada que tenía para el teatro pero ni me escuchó y yo no quería enfrentarlo porque podía tomarlo como un abuso de autoridad.

Juana come fainá y sonríe con los cachetes llenos de comida. Sus ojos negros al fin ven el resplandor cuando se saca los anteojos y los mete en su mochila. Pasa un joven pidiendo dinero y ella le da una porción de pizza, nos mira y vuelve a fijar la mirada en la comida hasta que su celular suena y atiende. En ese instante pasa el hombre que corría tras el joven que le robó la bicicleta contando a todo el que lo conocía la hazaña de recuperarla.

Hace frío en la sombra y cuando pega el sol hay que sacarse el abrigo, el viento sigue desparramando vasos de plástico en las mesas contiguas y se hacen las tres de la tarde de un

domingo porteño en La Boca, a tres cuadras de Caminito.

\*\*\*

Juana vive actualmente con su novio y su suegra en Flores. Al poco tiempo de llegar a Argentina se conoció por internet con su pareja, ella estaba haciendo un curso de payaso y necesitaba una grabación analógica digital por lo que lo contrata a él para ese trabajo. Pero al momento de pagar nota que se había olvidado los cien pesos pautados en su casa y tuvieron que volver a verse para dárselo. Así sin más, empezaron a frecuentarse.

—Estuvimos un mes como amigos, su madre se ofreció a darme clases. Era actriz y yo estaba por ingresar a la carrera de caracterización. Así de a poco se fue formalizando la relación, le pague los cien pesos obviamente —Lanza una carcajada estruendosa— y paseamos mucho, a él le gusta salir al aire libre así que yo empecé a conocer muchos lugares de acá y bueno me anime a tener una relación con él y se dio natural, muy natural.

Juana tiene 39 años y su novio 41, viven en lo de la su suegra por una caída que tuvo. Algo momentáneo y pasajero, según dice ella y es lo que su voz ansiosa transmite: —Es por un tiempo nada más. Además, mi novio es muy compañero, es bueno, muy tranquilo, no toma, no fuma, no sale. Me dice que su abuela era quechua y que “siempre le gustaron las indias”. Cuando fuimos a Bolivia las cholas estaban como locas.

A los pocos meses de comenzar su relación es cuando ella se va a vivir a Villa Lugano, el alquiler era más barato y con el poco trabajo que tenía era para lo único que le alcanzaba. Pero la densidad del ambiente, los ruidos nocturnos y la dificultad para tener concentración y estudiar hicieron que cuando a su novio se le terminara el contrato de alquiler decidieran irse a vivir juntos a un departamento.

—Cuando me mudé empecé la UBA me acuerdo, empecé a estudiar como loca y a la vez ahí me salió una película.

Después me animé a postularme más y a buscar en todas las agencias que pude.

En el 2013 sale un casting en alternativa teatral en donde buscaban mujeres con rasgos del norte. Juana quedó como extra, le dijeron que la protagonista principal era una “reconocida actriz de Jujuy”, pero dos semanas antes de empezar a filmar la actriz comenzó a retrasar los ensayos y como era una película subsidiada por el INCAA no podían atrasarse por lo que le ofrecen el papel a ella, quien no dudó en decir que sí.

—La verdad fue hermoso, muy hermoso y ahí me animé a mandar curriculum a donde sea y estuve también en la película “Ley primera”, en la serie “Psiconautas” donde actué con Florencia Peña. Ella es muy buena, yo me equivocaba y paraba la grabación al grito de “Basta, basta”. Realmente es muy buena profesional. Además estuve en otra serie que se llama “Fronteras” y un corto que está rodando ahora en muchos festivales que trata sobre los talleres clandestinos de costura. Bueno, Bolishopping también trata sobre eso. Medio que me estoy encasillando pero es el perfil que tengo y lo aprovecho. Y me encanta. No me voy a matar por ser la rubia porque no me voy a teñir. Aprovecho mi aspecto, mi físico y he ido a varios castings, también estuve en varias publicidades, obviamente no voy a ser la figura principal pero me gusta lo que hago.

Ahora estoy en una obra en cartelera en el teatro Opa-lo que habla sobre la cumbia y la peluquería y es un trabajo que pudimos gestar después de dos años y medio de trabajo. Al fin lo parimos, como se dice en el ambiente. Yo hago el papel de Maribel, una mujer de los barrios bajos, en el film se muestra el consumo de todo y la cumbia como una manera de sobrevivencia —Su voz distrae la charla de la mesa de al lado y un hombre emite una sonrisa cortés. Juana tira la espalda para atrás y se apoya en la silla para hacer la digestión. En la mesa hay una porción de pizza y dos faina que sobraron, ya nadie come, ahora la charla continúa sin interrupciones.

Bolishopping es la primera película que hizo en argentina, empezó a filmarse en 2013 pero se estrenó dos años después. Es un film de drama, subsidiado por el INCAA y dirigido por Pablo Stigliani, el cuál contó con un elenco de cuatro actores principales, entre ellos Juana.

El film se desarrolla casi en su totalidad dentro de una casa que funciona como taller clandestino en el que trabajan una decena de personas migrantes de Bolivia. Las condiciones de vida son precarias, las habitaciones son húmedas y oscuras y la jornada laboral abarca más de la mitad del día. El dueño del taller les cobra cada arroz que consumen, así como el alquiler de la vivienda y los gastos que tuvo en pasajes para traerlos a Argentina. En esa casa no solo trabajan sino que comen, duermen y viven pagando su deuda por darles la oportunidad de estar ahí. Hasta que la deuda no se termina no se les devuelven los DNI, no pueden salir a la calle sin autorización y si lo hacen son asustados con que van a ser golpeados porque “al argentino no le gusta el inmigrante”.

El papel que le ofrecen es el de la esposa de un migrante boliviano que viene a Argentina a trabajar la temporada. Ella, al no recibir noticias de él por un tiempo considerable, entrega todo su dinero a una señora para poder pasar por la frontera junto a su hija. Cuando llega al taller no es bien recibida por el dueño y debe padecer los sometimientos de su “imprudencia” por llegar sin avisar con una hija a costas. Esta película de drama revive la situación que miles de inmigrantes soportan año tras año en la oscuridad de talleres que todos saben que existen pero nadie hace nada para que no sigan funcionando.

\*\*\*

El padre de Juana además de comunicador social, trabajó mucho en televisión, fue productor de televisión y después se dedicó a la enseñanza, es catedrático de publicidad, de método de la investigación y radio. Trabajó mucho tiempo

haciendo los afiches para el cine en Bolivia, aquellos que venían en calcomanías y se separaban por letras, por ejemplo: la C, la I, la N, la E y se hacía un collage del afiche. Se crió desde chica yendo al cine gratis y estando en el ambiente de artistas, pero recién a los dieciocho años le dio curiosidad por el teatro cuando fue a ver una obra teatral y empezó un taller gratuito en la Universidad Católica a la que asistía.

—En Bolivia la Universidad pública no es muy exigente como si lo es en Argentina. La privada es mejor en general de educación en colegios y universidades. Entonces yo entré a la universidad católica a estudiar Psicología, mi papá estudió ahí becado y cuando entré me dijo “entrate y sacate una beca porque yo no voy a poder pagar la universidad”. Y en el primer cuatrimestre la saqué, me dieron el 80% de beca que es un montón de plata, y como había talleres artísticos que te daban gratis, empecé uno de teatro. Pero yo era muy tímida, nada que ver como soy ahora. No hablaba nada, era muda, era muy insegura, jorobada, me escondía con mi pelo, me vestía de negro, trataba de pasar desapercibida y camuflarme. —Su espalda erguida sigue apoyada sobre el respaldo de la silla, mira fijo mi cara y no intenta ni siquiera bajar la mirada hacia mi boca para hablarme. Reímos del cambio. Cambio que, según ella, logró gracias al teatro. Se enfrentó a sí misma y decidió abrirse, disfrutarse, personificarse y entrar en otros personajes. El teatro hizo a Juana, risueña y extrovertida.

—Cambié mucho, cambié mucho. Yo no usaba ropa extravagante, ahora me gusta, hay muchas cosas a las que le tenía miedo. Si vieras mis fotos, tenía nariz de tucán. —Dibuja con sus dedos una nariz imaginaria que en proporción equivale a dos o tres juntas. —No era tan popular tampoco con los chicos, me sentía insegura pero me operé y mi vida cambió. Me fui a vivir a Santa Cruz, allá las chicas eran blancas, flacas, altas, tenían un cuerpazo; una mezcla entre Estados Unidos y Bolivia. Y a mí, toda bajita y con este perfil no me daban trabajo. Pero agradezco haber tenido la posibilidad

de ir a la universidad porque muy pocos pueden acceder y se terminan metiendo en el negocio de la venta. Bolivia tiene muchas ferias en el mercado, en la calle, hay mucho negociante. Allá está lo que se conoce como el regateo.

A pesar de las dificultades que tuvo que padecer cuando llegó a Argentina, decide que no se va a ir. Actúa, toma clases de baile y trabaja en el gabinete de una escuela. Quiere casarse y tener hijas o hijos. Actualmente está enamorada y piensa que nunca quiso tener un novio de Bolivia, pero lo tuvo.

—Nunca quise, mis amigas tienen mucho sufrimiento, infidelidades, deben soportar estar metidas en la casa todo el día después de casarse para cumplir la labor como ama de casa y esposa. Yo... paso.

Sin embargo, el primer novio de Juana era oriundo de Bolivia, estudiaba arquitectura y llegaron a vivir juntos. Ella se fue a Santa Cruz a trabajar y él la siguió, pero no trabajaba y eso fue un pesar. Ella mantenía la casa y llevaba el dinero para ambos hasta que un día él decidió irse a vivir a Suecia con una tía que le ofrecía trabajo.

—Me dijo: “Mi tía llegó de Suecia y me está llevando” y yo le dije “pero ¿Cómo?.. ¿No nos íbamos a casar?”. Quería que lo espere un año y luego quería que lo espere un año más y yo lo esperé un año y después otro año. Y una navidad que yo estaba con fiebre de salmonela me llamó y me dijo: “¿Hola, cómo estás?”, hacía tiempo que no me llamaba y le pedí que no me llame más y así se terminó. Igual él era muy malo, tomaba mucho y había momentos que se borraba de tanto tomar. Llegaba a casa de manera automática y yo no sabía que había hecho, a veces hasta venía golpeado. Además del machismo, en Bolivia es muy usual que se beba mucho.

—El hombre boliviano es muy machista y la mujer es la que tiene que hacer más cosas para vivir. En mi caso mi papá me golpeaba, mi hermano mayor también y hasta mi padrastro. Pero mi mamá también era parte de ese patriarcado por la forma en que crió a mis hermanos varones. Mi papá es muy autoritario, tiene una cara de indígena duro, es muy se-

vero hasta con él mismo. Es docente y muy estricto con sus reglas, cuando es algo positivo puedes confiar en él pero si le fallas cinco minutos de la cita se destruye. Por ejemplo, si uno de todos los hermanos desaprobaba una materia no nos pasaba la mensualidad a ninguno. No al que aplazaba, a todos.

Los padres de Juana están separados desde que ella tiene cinco años, su padre ejercía una relación de violencia para con su mamá y esa fue la causa del divorcio. —El me golpeó muchas veces, allá se pega con cinturón y con eso nos daba. Ahora la relación con él mejoró pero como que hay que estar distanciados para mantener un vínculo. Él vive actualmente en Santa Cruz con una de mis hermanas y sus hijos. Pero tiene tantas reglas en su casa, “No hagas esto, que el gato, que el perro, haz esto”. Hay que estar a su ritmo y no es para cualquiera.

Son cinco hermanos, el mayor de 40, Juana de 39, una hermana de 34 con dos hijos y dos hermanos más que tienen 27 y 15 que son de la madre con otra pareja. Vivió poco tiempo con estos últimos porque el padrastro era un loco, vendía droga y consumía lo que quería.

—Cuando tomaba empezaba a subirse a los techos de la casa, entraba a la cocina y al ratito veías toda la cocina desecha; bajaba los platos, bajaba las tazas, los cubiertos, todo rompía. Por suerte ya no está con mi mamá. Mi padrastro fue letal en mi vida, me enfrenté mucho a él, era como demasiado invivible estar ahí. Venía a hacer lío. Una vez llegó de una fiesta a las tres de la mañana y empezó a molestarla a mi mamá, a querer golpearla, a querer decirle cosas y cosas y cosas y en un momento lo agarré y lo empecé a sacar a la calle no sé con qué fuerza, porque él es alto, lo empecé a patear, y me fui solita cuerdas y cuerdas a la policía a denunciarlo. Pero también me daba mucha impotencia que después la denuncia era bajada por mi propia mamá. Así que a los diecinueve años decidí irme de mi casa.

Su hermano mayor también la trataba muy mal, vivió hasta los 33 años en la casa de su mamá en una relación

de “servime mamá”, en una relación de que lo atiendan, de qué le cocinen, que le laven. Estudió Ciencias de la educación, hizo una maestría y llegó hasta el doctorado, tuvo mellizos y vive actualmente en Bolivia. Pero la relación entre ellos no es estrecha.

—Mi hermano mayor era más o menos como mi papá pero con las hermanas. Nos trataba muy mal, y una vez él me dio un golpe y yo lo denuncié. Le tocó mucho que fuera la policía a su trabajo y nunca más me molestó. Él me tiene respeto, cuando voy en su auto me tira: “¿Vamos a comer?” pero tenemos como una charla muy vacía. O sea, ya no fue nunca más una relación y no será, digamos. Es muy contradictorio que mi padre y mi hermano sean tan profesionales y luego tengan ese perfil que nadie se imagina. Yo si hablara con los amigos de mi hermano y les contara esta otra faceta se desmayan porque figura como el bueno, el profesional, con valores intachables y el que no va a hacer actos de corrupción en la universidad. Mi novio me hizo conocer otra faceta de hombre.

Y en Argentina conoció también otra faceta de mujer. Define a las mujeres bolivianas como muy trabajadoras, maternales, con valores en la familia por sobre todas las cosas y protectoras. Por el contrario, ve a las mujeres argentinas liberales, luchando por hacer lo que quieren y desean, dándose un lugar para ellas y no desviviéndose por el hombre.

—En Bolivia la mujer tiene que atender al marido, no tiene mucha libertad y está mal visto que salga a la calle sin su pareja. El hombre sí puede irse de parranda y no hacer algo más que trabajar. Mi mamá por ejemplo me dice que soy muy dictadora con mi novio y yo le digo que los tiempos hacen que ambos tengamos que sostener las cosas de la casa. Allá hay una costumbre de decir que hay que “ayudar” en la casa, como si ayudar fuese una obligación y en realidad tenés que ayudar cuando podes. Ayudar está muy normalizado allá y el hombre ayuda muy poquito.

Juana no quiere volver a Bolivia y aunque suele vacacionar con su novio allá quieren cambiar de rumbo para no ir

siempre al mismo lugar. Su familia no viene a visitarla, iban a venir a su casamiento pero tuvieron que aplazarlo porque no llegaban. Actualmente está en tratamiento hormonal porque tiene hipotiroidismo y busca quedar embarazada. Cuenta que en Bolivia los niños y niñas se quedan con su madre hasta que tienen más de cuatro o cinco años, sin embargo en Argentina a los 45 días la madre vuelve a trabajar y deja al niño o niña con alguien que lo cuide. Se sorprende y dice que no concibe esa forma de crianza. Juana entiende que por más lejos que se vaya, sus raíces van con ella.

Los restos de fainá y pizza quedan en la mesa junto al cementerio de servilletas usadas y vasos de plástico rotos. Juana se para, coloca su mochila en su pecho y comienza a caminar hacia la parada de colectivo que la va a llevar a su casa. Quedamos en volver a vernos, en seguir en contacto. Sube al colectivo y la miro irse entre tanta gente, tan solo es una de las tantas mujeres migrantes bolivianas que eligieron Argentina para vivir.

## “Hay que aprender a resistir”

---

En diciembre de 2009, cuando el fiscal Cesar Lucero pidió una pena de 35 años de cárcel por el delito de “Homicidio agravado por alevosía”, el cuerpo de Indiana no lo soportó. Se desmayó de cara contra el piso, se partió los dientes delanteros y la llevaron al hospital con 22 de presión. El juicio se suspendió.

—Cuando me desmayé, el fiscal dijo: “ahora empieza el teatro” y en ese momento, mi ex, Amilcar, lo único que me dijo fue “¿por qué no te desmayaste para atrás?”.

Indiana fue llevada a la Unidad 40 de máxima seguridad, en Lomas de Zamora. Compartía la celda con otras tres reclusas y a todas les proveían pastillas para doparlas y que no molestaran.

—Llegué a tomar 12 pastillas diarias. Tuve cuatro convulsiones, por la dependencia del cuerpo, por la depresión. Llegó un momento en que casi no comía y pesaba 40 kilos, pero no podía dejar de tomarlas.

Cuando iba a ser trasladada, guardó las pastillas entre la doble tela de la bombacha y la cosió para que no se salieran. Indiana llegó al Penal N°8 de Los Hornos con hemorragia vaginal; enseguida la metieron a la ducha para que se bañara y se llevaron su ropa interior manchada con sangre. Cuando se dio cuenta, se puso a llorar y gritaba desahogada para que le devolvieran su ropa, pero no sucedió. La única contención en ese momento fue Natalia, su compañera de

celda, quien la ayudó a pasar ese mal tiempo en el que Indiana estaba muy flaca y sin pastillas.

—Me decía todos los días que iba a estar bien y que ella había sido enviada para cuidarme.

\*\*\*

Es un típico sábado de invierno. El camino hasta el Penal se hace arduo por el fuerte viento frío, el sol no asoma ni por casualidad. La Unidad N°8 está ubicada en el barrio de Los Hornos, en la periferia de la ciudad de La Plata. Allí sólo se alojan mujeres.

Entrada, toma de datos en una ventanilla, requisita de ropa en un cuarto, retención de pertenencias personales en el cuartito de al lado. Mujeres uniformadas de azul que te llevan de un lado a otro. Todas muy serias y calladas, medio pálidas, sus caras no transmiten nada. Hay que salir a la calle de nuevo y caminar dos cuadras más para llegar a las casitas. Una vez adentro, el frío ya no acecha, se siente el calor de estufa.

Indiana se acerca y saluda con un abrazo muy fuerte, como si viera a alguien que conoce de toda la vida y que extraña mucho. Es baja, de tez morena, tiene el pelo bien largo y teñido de negro. Está vestida con un sweater con guardas de ciervos en tonos marrones y blancos, un jean y unas zapatillas negras de lona.

Se dirige a un comedor, un lugar amplio de paredes medias descascaradas que tiene tres ventanas con cortinas rojas; debajo de cada una se ubica una mesa chica de madera. Nos sentamos en la del rincón, la que Indiana “reservó” para nosotras. Sobre un mantel bordado hay un termo violeta, un mate, una bandeja con porciones de tarta de ricota y un cuaderno A4, de esos que tienen paisajes en la tapa.

—Acá vivo con otras 7 chicas. Y hay dos casitas más, todas iguales.

Indiana se ve beneficiada del programa “Casas por cárceles” llevado a cabo desde el año 2015 en los distintos penales de la Provincia de Buenos Aires. Un modelo de deten-

ción que tiene el fin de profundizar la humanización de los contextos de encierro y facilitar la readaptación.

“Las casitas”, como suelen llamarle quienes viven allí, se emplazan dentro del mismo predio penitenciario. En ellas conviven las mujeres que están bajo un régimen abierto, quienes tienen “buen comportamiento” o aquellas a las que les queda poco tiempo para cumplir el total de su condena. Cada vivienda tiene dos dormitorios, cocina, comedor y baño de uso común. Las internas pueden estar al aire libre y desplazarse en áreas verdes.

—Ahora acá dentro de todo estoy bien, estoy más protegida, pero la he pasado muy mal. En la primera que estuve, la 29 en Romero, me llevaron por equivocación. Era un penal de máxima seguridad, 27 días estuve ahí. Fue lo peor que me pasó.

Agarra un papel suelto que saca de adentro de un cuaderno y empieza a garabatear algo: un cuadrado mediano con cuadrados más chiquitos en el interior.

—Así eran las celdas. No se podía ni respirar. Fue el lugar más frío en el que estuve —Se interrumpe para tragar saliva y después de un silencio incómodo, sigue. —Era como estar un poco muerta.

\*\*\*

Indiana tiene 49 años y, aunque aparenta menos, en la cárcel prefiere decir que tiene más edad para que no la vean débil y sentirse un poco más segura.

—La policía me tumba por ser presa vieja y querer estudiar, acá si estudias te tratan peor. Se te burlan todo el tiempo, te dicen cosas en la cara. Yo a los policías no les creo por una cuestión de conciencia y clase, ellos me provocan todo el tiempo pero yo no vine acá a hacer amigos, vine a cumplir una condena.

A Indiana quisieron obligarla a cambiarse a la carrera de Análisis de Sistemas porque se dictaba en otra unidad, pero se resistió. Desde que comenzó a estudiar el Profesorado

en Comunicación Social en la Facultad de Periodismo de la UNLP, tuvo inconvenientes desde el penal porque se rehusaban a llevarla a las cursadas.

—Yo le tengo que agradecer a una rata que pude salir a cursar. Un día estaba acá sacando la basura y entre los residuos vi como una repisa de madera que podía rescatarse y servir para la casa. Cuando la fui a agarrar me mordió la mano una rata que estaba escondida y de ahí me llevaron al médico y después por lástima o no sé qué, me dieron el permiso para ir a cursar. ¡Todo gracias a la ratatuille! —Indiana mueve la cabeza de lado a lado y deja ver sus dientes sobre su labio inferior—. Pero acá es todo muy injusto, nosotras la mujeres tenemos que tener aprobadas 20 materias libres para que nos lleven a cursar, mientras que a los hombres les piden sólo 8. Eso me molesta, me molesta mucho.

A Indiana siempre le gustó leer y escribir y eso la ha salvado de sus peores momentos. Sus libros favoritos son “El Principito” y uno llamado “Páginas para Verónica” que se lo había regalado su mamá cuando era chica. Cree que se lo dio para poder decirle lo que sentía porque no era muy expresiva ni cariñosa. De hecho, siempre le tuvo más miedo a su madre que a su padre.

Recuerda que en la escuela con la única maestra con la que podía hablar de todo era con su profesora de Literatura, a la que luego echaron en el periodo de Dictadura. Siempre tuvo como sueño estudiar Letras e intentó ingresar a la carrera pero enseguida tuvo que dejar por problemas económicos y luego porque fue mamá.

Dentro de la cárcel intentó no abandonar nunca su pasión por la lectura y su vocación de docente, por eso cuando estaba en el pabellón, pidió algunos libros para leer y los compartió con sus compañeras.

—Empecé a pasarlos para ver si otras querían leerlos, y me di cuenta que muchas no sabían ni leer ni escribir. Entonces propuse hacer un taller. De la Dirección de Escuelas me mandaron a una maestra para que me ayudara. Empeza-

ron viniendo 5 y llegaron a venir 35/40 chicas. Después de un tiempo no me dejaron hacerlo más.

\*\*\*

Argentina cuenta con más de 35 mil presos en sus 54 unidades. Según relevamientos del Servicio Penitenciario Bonaerense, 6796 de esos internos están imputados por homicidio, procesados o condenados: 6454 son hombres y 342 mujeres. Es decir que las mujeres acusadas de matar representan apenas un cinco por ciento del total provincial encarcelado.

Durante el proceso judicial, Indiana pasó por cinco penales diferentes. Soportó maltrato, discriminación y precarias condiciones de vida en un sistema carcelario humillante y violento para las mujeres privadas de la libertad.

—Las cárceles no son para la reinserción social, son para la reincidencia por eso algunas salen y entran todo el tiempo. A nadie le importa tu vida acá, te provocan, te insultan, quieren verte débil. Buscan que te quiebres todo el tiempo.

—¿Alguna vez pensaste en escaparte?

—No, nunca. Nunca pensé en escaparme porque escaparme sería como morirme. Nunca más podría ver a mis hijos. Si vos te vas, les allanan el domicilio a todos tus conocidos. Acá una chica se escapó y le sacaron una agenda que había quedado; allanaron a todas las amigas, 35 allanamientos hubo. Ella decía que no se iba a quedar 40 años metida acá adentro, que no tenía nada que perder porque no tenía familia ni nada, me dijo que se iba a otro país. Mi hija una vez me lo pidió llorando, me dijo: “no te escapes nunca porque es lo peor que me puede pasar. Acá por lo menos yo sé que te puedo venir a ver”. Por eso, se me ha cruzado morirme pero nunca escaparme, porque si me muero, me muero y ya está pero si me escapo le hacen la vida imposible a mi familia.

Años atrás, la idea de morirse ya había rondado en la cabeza de Indiana. En 2006, se tomó 400 pastillas y no pu-



dieron hacerle lavaje de estómago porque ya muchas habían hecho efecto. Quedó 10 días inconsciente. El parte médico determinó “intoxicación medicamentosa”.

—Mi ex tapó todo. No quería que se supiera la verdad. Fue un intento de suicidio, no fue una intoxicación, pero a él le importaba el qué dirán. Ese año fue terrible para mí y la persona que tenía al lado en vez de ayudarme, me psicopateaba. Yo creo que fui muy resistente y que parte de mi mente no quería... —hace una pausa mientras baja la cabeza compungida— una parte de mi tenía que vivir.

\*\*\*

Indiana llegó a Buenos Aires a los 18 años en 1985. Había venido sólo de vacaciones a conocer pero se terminó quedando. Vivió en una pensión cerca del Mercado Central que había en Abasto y, para subsistir, trabajaba de día en una tienda de ropa de bebé, y a la noche en el local de comida rápida Pumper Nick.

Los ojos le brillan cuando se acuerda de las noches en las que iba a la discoteca Cemento, en el barrio de Constitución, a ver recitales de bandas de rock como Sumo, Riff y La Polla Records. Salir a bailar no le gustaba porque le parecía muy tonto y sólo aceptaba ir a los asaltos o a los bailes en los barrios porque eran más familiares.

—Cuando llegué pensé que me iba a llevar el mundo por delante y no fue así porque extrañaba y me cagaba de hambre. Cuando conseguí trabajo, lo que ganaba era casi todo para ayudar a mi familia. Pero a pesar de eso, acá sentía más libertad, podía hacer y vivir cosas que allá nunca pude porque allá es todo muy conservador y machista. Allá, contra la tradición y la costumbre, es complicado luchar.

Indiana recuerda su infancia y adolescencia con nostalgia e indignación. Vivió en Trulalá, un barrio muy humilde del noroeste de San Miguel de Tucumán, y fue al Colegio Normal 1 donde se graduó con el título de Maestra. Su materia fa-

vorita era Literatura y odiaba las actividades de coser/bordar que les enseñaban todos los días religiosamente.

Hugo, su papá, la llevaba todas las semanas a militar con él a la Resistencia Peronista; y con su madre, Irma, iba a hacer caridad a la Iglesia. Su abuela curandera, Clotilde, le decía que nunca nadie la iba a querer porque no sabía cocinar, inclusive llegó a llevar a su casa a un cura para que la examinara porque creía que su nieta estaba endemoniada por negarse a lavarle la ropa y cocinarle a los hombres de la casa.

—Vivir en una sociedad machista me marcó mucho. Allá en Tucumán hay mucha gente turca que tiene la cultura de que los hombres están siempre por encima de las mujeres en todo. Hasta en la altura, el hombre siempre tiene que ser más alto que la mujer con la que está. Yo lo vivía todo el tiempo, no podíamos ni tomar mate ni jugar al truco porque era solo para hombres. Me daba bronca eso y me descargaba con mi hermano.

Indiana revolea un poco los brazos y suspira como agotada. Toma un mate y agarra un pedacito de torta, come un poco y sigue.

—Encima él era lindo socialmente, así rubiecito y todos decían: “qué lindo es el changuito pero que fiero la changuita”. Y siempre me mandaban a que le lavara la ropa y yo decía: “Ni en pedo que se la lave él”. Lo que más me enervaba era la careteada, como la de mi papá que se hacía el bueno, me llevaba el desayuno a la cama y todo pero cuando venían sus amigos machistas se hacía el duro, el rígido porque si no “quedaba mal” frente a ellos. Todo eso, me daba mucha bronca, bronca hasta llorar.

\*\*\*

En julio de 2016, Ailén llamó a su mamá y le dijo que la abogada había conseguido que pudiera salir transitoriamente. Una salida de 32 horas, cada 15 días, con un familiar responsable a cargo que debe ir a buscarla al penal.

—El primer día fue impactante. No quería subir a los trenes, tardé 7 horas para llegar a Longchamps. Mientras viajaba pensaba en la gente, pensaba que capaz las personas te caretean, te discriminan y no quería eso porque lo sufrí tanto de chica. Siempre me discriminaron en el colegio y mi familia materna, por ser de un barrio pobre, me hacían a un lado. Entonces me agarró taquicardia por el impacto, no quería ver gente. En algún momento me pasó, cuando iba a cur-sar por ejemplo, a veces sentía que algunos me miraban mal. Una vez, una se asustó cuando le dije que era privada de la libertad, ¡hasta dejó de tomar mate! y yo me sentí re mal. Por eso, es como que no estaba preparada para ver a otra gente. Me asustaba mucho. En la segunda salida arreglé con el padre de mi hija para verla en Buenos Aires. Pero verlo a él me impactó mucho.

Cada tanto, Indiana acerca la cara inclinando su oreja derecha al frente y frunce el ceño. Responde lo que ella quiere o lo que le parece, pero no para de hablar. Siempre vuelve a un nombre: Amilcar, padre de sus primeros hijos: Lihuen y Ailén, de 25 y 22 años respectivamente.

Fue el primer novio que tuvo cuando llegó a Buenos Aires. Era profesor de Historia y Filosofía, militaba en el partido obrero y trabajaba de bibliotecario. Indiana lo conoció en la vereda de la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta. El “Che Guevara cheto”, así había bautizado el papá de Indiana a su novio que decía que no lo quería porque era trosko. Indiana se enojaba mucho con su padre.

El tiempo pasó e Indiana se enojó más aún cuando se vio envuelta en una relación enferma y toxica, sin rumbo. Se enoja consigo misma, por su “mala suerte”, porque según ella tiene una capacidad para atraer a la peor gente, y Amilcar es parte de eso.

—Fue al único hombre que amé en mi vida. No es fácil amar a una persona y la única persona que amé fue a él. Pero fue muy manipulador y cruel. Amilcar creía que los chicos iban a estar mejor con él y no conmigo, me metió tanto esa

idea en la cabeza que me lo creí. Cuando salí y vi a Amilcar de nuevo me dieron ganas de llorar. No puedo creer en lo que se transformó.

—¿Qué es lo que te impresionó?

—Lo vi extremadamente limpio, pulcro, obsesivo, prolijo. Me llamó la atención que tenía hasta las uñas hechas. Pero eso que aparenta de ser tan prolijo y tan perfecto es para esconder lo otro. Él se presenta así para tapar cómo es en realidad, un psicópata. La psicóloga me dijo que él proyecta su bronca por mí en Ailén, y eso me duele muchísimo pero no por mí, por mi hija.

\*\*\*

Cuando nombra a Ailén, a Indiana le brilla la mirada y sus ojos negros resaltan sobre la gruesa línea de delineador. Desde que quedó detenida, su hija atravesó una depresión muy fuerte que la llevó a estar internada 9 meses en el Hospital Moyano por intentar suicidarse. Llegó a decirle a su mamá que no quería ir a visitarla porque le hacía muy mal.

—Mi hija es lo más importante que yo tengo en la vida. Cuando ella está mal, me agarra una angustia terrible. Cuando venía yo la veía muy flaca, muy depresiva, ella me dijo que no podía tirarme en la cama a esperar que me viniera a visitar.

Indiana se levanta, avisa que ya vuelve y se dirige a un pequeño pasillo que está al lado de la pared que rodea uno de los costados de la mesa. Vuelve con un cuaderno de tapas de cartón negro atado con una cinta. En la portada se lee “La muerte en 9 poetas” y la fecha 11 de junio de 2010 en letras grandes blancas. Adentro hay papelitos pegados con fragmentos de obras de reconocidos escritores que hablan sobre la muerte.

—Esto lo hizo Ailén. Es algo de lo que pude rescatar cuando fui a mi casa, porque no me quedó casi nada. Mi ex me sacó todo, cosas mías y de mi hija. Esto me lo pude traer.

Creo que lo hizo como una especie de catarsis, para sacar el dolor y la angustia. Es muy difícil. Su papá todo el tiempo le dice “tu mamá está ahí por tu culpa”.

Durante el proceso judicial Ailén nunca testificó; su padre, Amilcar, se opuso a que lo hiciera porque era menor de edad. Indiana nunca pudo hablar con su hija de lo que pasó “ese día”.

—Yo creo que sería bueno que lo hable para que se pueda sanar. Ojalá algún día pueda hacerlo. Yo sólo quiero que ella esté bien.

\*\*\*

El radiograbador que está en la mesa de la otra punta parece que va a estallar. Suena cumbia a todo lo que da. Indiana deja de hablar abruptamente, revolea los ojos y levanta un poco la cabeza. La mujer morocha y delgada del otro lado esboza media sonrisa y sube todavía más el volumen. El ruido es demasiado insoportable.

—Tienen bronca conmigo porque no les gusta la gente que estudia. —Agarra una campera de cordero negra que está atada a la silla y se levanta— Vamos afuera mejor.

Indiana abre la puerta de acrílico que está al lado de la cocina y un perro enano regordete se acerca moviendo la cola. Le pide la patita, se la da y lo acaricia.

—Este se vino caminando desde el penal de Olmos. Acá lo quisieron sacar carpiendo y me dijeron: “¿Ah, encima sos defensora de animales?”. A mí me gusta porque es como una compañía.

El viento sopla tan fuerte que raja la cara. Los pies se hunden en el pasto seco y medio crecido que cubre el amplio espacio; el patio es todo tranquilidad y desolación. Está cercado por un sinfín de alambres y a lo lejos se ve la parte edilicia del penal en donde las internas están entre rejas.

—Yo acá no veo, no escucho, no confío en nadie. Acá te caes y te morís. Total a ellos no les importa nada, mejor,

una menos para el sistema.

Indiana asegura que adentro mandan las presas y no los policías. Cuenta que cuando estaba en el pabellón común, tuvo que hacerle de sirvienta a “el cholo”, la capanga del lugar. A cambio de que ella hiciera todo lo que la otra quería, tenía su protección y no la molestaban tanto.

—Yo no quería problema con nadie. No me importaban las demás. Pero acá son códigos diferentes; en todo este tiempo traté de no contaminarme pero es como algunos te dicen: “no te queda otra”. El cholo me decía “vos tenés que ir y sacarle a la otra las cosas directamente”. Yo le decía “¿Cómo vas a hacer eso?, ¿no tenés conciencia de clase, no tenés nada!”. Y se enojaba, me miraba desafiante y me decía: “A mí no me hables difícil”. Me lo tenía que bancar.

Se escucha el ruido de la puerta, Indiana se calla de repente y mira despacio para atrás. Una guardia avisa que se está por acabar el tiempo de visita. Indiana asiente, luego mira fijo el pasto mientras se frota las manos. El viento nos despeina y nos hace tiritar cada vez más.

\*\*\*

Sobre el kilómetro 111 de la ruta provincial 11, el micro frena y bajan mujeres cargadas con bolsos enormes y niños que no pasan los 10 años, todos transpirados y con los ojos entrecerrados.

Son las 7.10 de la mañana de un domingo de diciembre. El sol pica y no hay ni un centímetro de sombra. Todo es llanura seca y en un costado, una garita pintada de blanco; adentro, un hombre gordo uniformado de azul te da el Ok para pasar a la Unidad Femenina 51 de Magdalena.

El tramiterío para entrar se hace largo. En la mesa de toma de datos, no encuentran la lista de visitas de Indiana. Una guardia levanta un teléfono e informa la situación a alguien más. Se queda como tres minutos en silencio y luego hace oír su voz grave.

—Decile que esta vez pasa pero es la última, la próxima no entra nadie.

Después de la retención de DNI y pertenencias personales, sigue una requisita estricta en un cuarto muy iluminado. Al salir, una guardia que no debe tener más de 22 años, anota nuevamente los datos y caminamos por un pasillo cercado hasta donde están las casitas.

A lo lejos, Indiana empieza a saludar con su brazo en alto; su blusa estampada de colores resalta en el espacio verde. Un portón alambrado da a un patio donde hay varios macetones hechos con llantas de camión que tienen plantas y flores.

Tres perros se acercan moviendo la cola y atrás viene Indiana. El abrazo es muy fuerte, te aprieta el cuerpo.

—¡Menos mal! Me vinieron a decir que no estaba la lista ¡pero yo la mandé! Me la perdieron acá.

Esta vez, la mesa está afuera bajo una media sombra al lado de la puerta de entrada a la casita. Está puesto el mismo mantel bordado que en el penal de Los Hornos, hay mate preparado y un bol con pancitos que preparó una de sus compañeras.

—Ahora acá me dejaron aislada. Cuando llegué lo primero que me dijeron es que no me iban a llevar a la facultad. Acá no te llevan a ningún lugar, ni al médico.

El penal 51 de Magdalena tiene un régimen cerrado. A Indiana no la quisieron llevar a cursar porque la distancia es muy larga. En el lugar no tienen médico y cuando quieren comprar comida en el almacén, tardan entre 5 y 7 días en llevarles el pedido.

A las internas sólo se les permiten las visitas los sábados y domingos. Indiana se queja porque a los hombres les dejan tener visitas todos los días y poseer celular. A pesar de todo eso, está más tranquila y resguardada. Dice que si no le hacían el traslado, no iba a poder sobrevivir.

—En el otro penal, un día llegué de una de las salidas transitorias. Vino a increparme una que me había pedido un celular, pero obvio que no lo pude entrar por el detector de

metales. “Prepara tus cosas y andate”, me dijo. Yo me re enojé y le contesté unas cosas feas. Se me vino encima, tuvo que venir la policía y sacarnos. Yo ya me había alterado, me subió la presión. Así que pedí el traslado pero me dijeron: “primero, al pabellón”. Estuve un día completo ahí. Encima vino otra a decirme “vos te haces la pilla y denunciaste a la piba” y yo le dije que nunca voy a denunciar a nadie porque tengo conciencia de clase, eso quiere decir que siempre me pongo del lado de los desposeídos.

Se arma un rodete con su pelo y luego sirve un mate. Un perro negro de orejas largas tipo cocker la mira fijamente desde el suelo. Indiana le da un pedacito de pan. Empieza a hablar muy bajo y con risita pícaras.

—¿No sabés quién llegó el otro día? Llegó el Cholo acá, está en la casita de al lado. Se le terminó el reinado allá. Lo mandaron porque cambiaron los directivos del penal de Los Hornos, está intervenido, así que a toda su comitiva, su pandilla, las distribuyeron a otros penales. Encima cuando me vio, me dijo “Hola Indi, ¿cómo estás? Dame un abrazó”, y yo me quedé así —abre los ojos bien grandes y pone las palmas de la mano para adelante— ¡No lo podía creer!

Una brisa repentina vuela unas servilletas y un papel cortado a la mitad que estaba arriba del cuaderno de Indiana. Lo levanta y me lo da.

—Esto lo escribí mientras esperaba hoy. Siempre que estoy mal, me pongo a escribir algo.

En letra manuscrita muy chica, se lee:

*“La encargada me dijo que no está la lista de mi visita y yo mandé la audiencia el miércoles. Harta estoy de todo esto. Escribo. Escribiendo me desahogo un poco y espero. Es lindo que vengan a visitarme a este campo en el que me encuentro, un lugar adonde me siento muy sola e incomunicada. Es tan hostil este mundo. Mi hija está internada de nuevo. Espero que se pasen los días hasta mi libertad”.*

\*\*\*

La primera vez que Indiana salió a caminar por el patio del penal de Magdalena fue por consejo de su novio, Maxi, que le dijo que “disfrutara del paisaje del campo”. Cuando se acuerda de la anécdota, revolea los ojos y se ríe con poca gana.

—Yo le dije irónicamente “si tanto te gusta entonces quedate vos y yo me voy”. Igual le hice caso y salí a mirar el atardecer, se veía la puesta del sol. Salgo y lo primero que veo es que pasa un auto fúnebre, el de los muertos. ¡Horrible!, al final no tendría que haber salido a ver nada.

Su pareja actual, Maximiliano, había sido uno de sus noviecitos de la infancia en Tucumán. Es hijo de desaparecidos en la última dictadura militar y su abuela, la fundadora de Abuelas en Tucumán. Lo reencontró en 2014 vía Facebook, cuando Indiana estaba averiguando unos datos para un trabajo de Derechos Humanos que le habían pedido de la facultad. Al texto lo tituló “30 años para volverte a nombrar”.

—Desde mi Facebook clandestino le escribí, justo era el día de la desaparición de sus padres. Me dijo que me iba a ayudar y que podía venir a visitarme. Él sabía que yo estaba detenida pero no sabía dónde. Encima él estaba viviendo en Córdoba y se vino para acá. Cuando hablé con él me dijo “yo te voy a ayudar porque quiero ser tu novio”. Y ahí empezó todo de nuevo, al principio venía cada un mes o 15 días, ahora se instaló en Buenos Aires para estar cerca. Igual, a veces me asusta, porque va muy rápido en la relación.

Indiana confiesa que Maxi le recordó a Amilcar porque sintió que la invadía. Él se encarga de todos los trámites, la va a buscar para las salidas transitorias y ya planea su vida viviendo juntos una vez que quede en libertad. Aunque sabe que no lo hace intencionalmente, se siente mal por él porque ella todavía no está preparada.

—Yo le dije a Maxi que necesito silencio y ordenar mi mente, que lo acepto porque lo quiero en mi vida pero que necesito espacio. No estoy en un momento para hacerme cargo de otras personas. Apenas puedo con mi vida y además está mi hija que es lo más importante.

Durante la charla, Indiana hace un rápido movimiento de cabeza y se acerca con la oreja de frente dejando ver su aro de mostacillas azules. Cada tanto, pide perdón.

—Es que a veces me cuesta escuchar. No oigo bien del lado derecho. Todo por culpa de mi ex.

—¿De Amilcar?

—No, no. Esta vez por culpa de Augusto, el papá de mi hijo más chico. Yo hoy sufro de disminución auditiva porque un día me tiró del tren. Estábamos yendo a City Bell en el tren Roca a visitar a una amiga, durante el viaje íbamos discutiendo, se había puesto celoso no sé de qué y encima estaba medio alcoholizado. En un momento, se me acerca y yo pensé que me iba a abrazar pero no. De la nada, me empujó y caí al costado de las vías. Perdí el conocimiento, por ese golpe fuerte me quedó disminuido el oído.

La voz de Indiana se torna más débil, sus manos están entrelazadas y su mirada perdida en las flores bordadas del mantel.

—Fue muy difícil la relación con él, todo el tiempo gritaba, tiraba cosas, rompía vidrios. Lo peor fue que un día se lo robó a Ciro del jardín, se lo llevó sin aviso y le compraba cosas para ganárselo porque sabía que aunque era el padre, él lo quería más a Amilcar. Augusto siempre quiso que lo quisieran a la fuerza. Yo no estaba bien psicológicamente, me daba vergüenza reconocerlo y pedir ayuda. Yo creía que era amor.

Augusto era amigo de su hermano y su vecino cuando vivían en Tucumán. Un flaquito pelilargo, de nariz aguileña y ojos de indio siux, fanático del heavy metal que quería conquistar a Indiana pero ella apenas lo saludaba porque no le interesaba tener novio. El tiempo pasó y años después, cuando ella se separó de Amilcar y volvió a Tucumán, se reencontró con Augusto.

—No me acordaba de él. Me lo crucé un día a la salida de un recital de Hermética. Yo estaba muy borracha y se ofreció a llevarme a mi casa. Después a los pocos días, volvió a traerme una pulsera que se me había caído en su auto, y así

insistentemente, me persiguió, me ganó y empezamos a salir.

Como fruto de un fugaz noviazgo de cinco meses, en 1995, nació *Ciro*. Ya separada de *Augusto*, *Indiana* volvió a Buenos Aires y empezó una relación de idas y vueltas con *Amilcar*. Instalada en Lomas de Zamora, una amiga le contó que *Augusto* estaba muy enfermo y quiso ir a verlo.

—Él era adicto y tuvo una recaída. Me habían dicho que se estaba muriendo. Lo fui a ver y me dijo que si vivía, me iba a seguir buscando siempre. Y en el '99 apareció de nuevo. La psicóloga me decía que era una relación obsesiva, que no era amor y que si me cargaba con alguien así, la que iba a terminar mal era yo.

\*\*\*

En el 2007, *Indiana* trabajaba en la EGB 12 de forma provisional en Adrogué. A cinco cuadras vivía *Ricardo Fariña*, un abogado de 62 años, militante de la lista verde de ATE. Al año siguiente ambos coincidieron en un viaje a Rio Tercero que hicieron con Turismo Nación. Allí comenzó entre ambos un vínculo más cercano.

A *Indiana* no le gustaba *Fariña* y percibía que no era alguien para tener una relación seria, pero en esa época estaba y se sentía muy sola.

—Al hombre lo conocí en 2007. Siempre hubo cosas de él que no me gustaban. Era esas personas que le das la mano y te agarran el codo. Un tipo al que no le puedes decir que no —*Indiana* baja cada vez más la voz, casi que susurra—. Estuve un tiempo con él y después ya no lo quise ver más, pero al año siguiente cuando eran las elecciones de ATE en Longchamps, el hombre consiguió mi dirección y puso de excusa que tenía que hablar conmigo por un tema sindical. No paró de molestar y acosarme.

En febrero de 2009, *Fariña* se apareció en la casa de *Indiana* en un cuatriciclo y lo atendió *Ailén* porque su mamá no estaba.

—En ese momento mi hija tenía 15 años y era un poco ingenua.

*Indiana* mira un poco para todos lados, no tiene un punto fijo. Sus manos se mueven lentamente sobre la mesa mientras habla, muy despacio.

\*\*\*

—*Qué lindo cuatriciclo.*

—*Te lo vendo.*

—*No, no puedo pagarlo.*

—*¿Cuánto puedes darme, cuánto puedes juntar?*

—*Y...mi mamá me da 100 pesos por mes.*

—*Bueno. Dame 50 por mes, te lo doy con papeles y todo.*

*Indiana* estalló de furia. Cuando su hija le comentó el trato que había hecho con *Fariña*, le prohibió terminantemente que volviera a hablar con él.

— ¡Yo lo conozco, es un pajero de mierda, no le des bola!, le dije a mi hija. No lo podía creer. Ese día vino *Augusto* y le conté todo esto de la bronca que tenía, se lo conté para descargarme.

*Indiana* llamó a *Fariña*. Le advirtió que no molestará más a *Ailén*. A él no le importó. Comenzó a pasearse todos los días por el barrio donde vivía *Indiana* y la increpaba:

—Me decía todo el tiempo: “No me podés decir nada, el barrio es libre... Y no te hagas la puritana porque te tengo filmada”.

Tiempo atrás, *Indiana* se dio cuenta que *Fariña* había instalado una cámara de video en la habitación para filmar sus encuentros sexuales. Ella se lo reclamó y decidió alejarse para siempre, aprovechando que la iban a trasladar de Escuela a otro distrito. Pensó que no lo iba a ver nunca más.

—Un día *Ailén* me llamó y me dijo que vaya a la casa del hombre porque había arreglado encontrarse por el tema del cuatriciclo. Me cortó enseguida, la quise llamar de nuevo

y no me atendió. Ahí me agarró una impotencia tremenda.

\*\*\*

La casa de Fariña en Adrogué tenía dos entradas: una sobre la calle Juncal, una distinguida vivienda de ladrillo a la vista y portón negro; y otra sobre la calle trasera, con frente en Uruburu 948, un acceso con aspecto de tapera, remendada con lonas y chapas que daba al patio de la vivienda. Ambos frentes ocupaban el mismo terreno.

Indiana eligió entrar por la puerta del fondo. Llegó casi corriendo, a pesar de no poder caminar bien por la bota ortopédica que tenía puesta por un accidente en el pie. Estaba desesperada. Llena de bronca.

—Ahí se me mezclan las imágenes. Tengo lagunas.

Indiana abrió la puerta y los vio. Fariña tenía solo una remera puesta, abajo nada. Su hija estaba llorando, parada frente a él, cabizbaja, llena de vergüenza, impotente. Indiana abrió la puerta y le dijo que se fuera. Ailén salió corriendo.

—El tipo empezó a decirme un montón de cosas, me empezó a insultar. Me acuerdo que había como si fuera un quincho con cosas, instrumentos de parrilla. Tengo imagen de cuando él me golpea. Yo estaba shockeada. Él ya me había dicho: “Mirá que yo sé dónde vivís, y sé que tenés una hija de 15 años... vos sabés con cuantas menores estuve”. Me lo había dicho.

Indiana titubea y parpadea varias veces. Pone sus manos en el aire alrededor de la cabeza, como si sostuviera algo pesado.

—Tengo imágenes vagas, no me acuerdo bien. Son como lagunas. Hay cosas que no sé si fueron así o no. En mi mente, yo me acuerdo que cuando él me empuja, yo agarré un cuchillo y le di tres o cuatro puñaladas y me fui. No me acuerdo si lo llamé a Augusto, él dice que sí, que lo llamé. No sé si lo ví o lo imaginé pero tuve la imagen de Augusto.

Cuando salió del lugar casi la atropella un auto. Llegó

a su casa y llamó a Amilcar que llevó a Ailén al doctor. Indiana le pidió a su amiga Andrea que la llevara a la comisaría, Amilcar se rehusaba porque la iban a detener, ella quería ir porque podían darle ayuda psiquiátrica y reconstruir el hecho, pero eso nunca lo hicieron.

De lo que siguió, Indiana no se acuerda nada. Todo lo que sabe es por haberlo visto en Internet y por lo que pudieron contarle los abogados y fiscales durante el proceso judicial. Desde Secretaria de Fiscal le dijeron que la autopsia había determinado que fueron 113 puñaladas y que por eso le podían dar cadena perpetua.

\*\*\*

Los portales de noticias fueron contundentes con la información: El martes 4 de agosto de 2009, el abogado Ricardo Fariña fue hallado asesinado en su casa de Adrogué. La escena era digna de la película de terror más espeluznante y macabra que pudiera existir: En los pisos había cal por todos lados y bolsas negras con restos humanos. Las partes del cuerpo fueron descuartizadas, embolsadas y esparcidas por toda la casa. Cuando llegó la Policía, halló manos en un lado, pies en otro, la cabeza y restos en el freezer. La casa estaba desordenada y el perro labrador del abogado, estaba tranquilo y no presentaba signos de haber sufrido hambre.

—Cuando leí en los medios todo lo que se le hizo al cuerpo, casi me desmayo. No creo que lo haya hecho yo. Hasta las puñaladas pude haber llegado. A mí me impresiona la sangre, yo veo sangre y me desmayo. Para lo posterior que se hizo con el cuerpo, hay que tener mucha fuerza y mi abogada me dijo que esos cortes los tiene que hacer alguien que sabe. Es horrible. Parece un cuento de terror de Edgar Allan Poe.

El 7 de agosto de 2009, Indiana fue detenida en Longchamps como presunta autora del asesinato, luego de que su ex pareja, Augusto, declarara que el 13 de julio ella lo había llamado para pedirle ayuda porque “se había mandado una

macana” y que lo había matado porque estaba asqueada de las prácticas sexuales a las que el abogado la sometía.

Los investigadores apuntaron enseguida a calificarlo como un “crimen pasional”. La escena del hecho también reveló que en el dormitorio principal, sobre la cómoda, había fotos y dos DVD con videos caseros. Fariña filmaba a todas las mujeres con las que tenía relaciones sexuales.

Ricardo Fariña o “Richard” como lo llamaban sus familiares, amigos y conocidos era un sesenton canoso, alto y muy robusto. Los vecinos dijeron que siempre se vestía bien, que era muy amable al hablar y que habitualmente lo veían bariendo la vereda en las tardes o paseando a su perro. Además, les había comentado que un ladrón le había amputado dos dedos y que por eso andaba armado por miedo a la inseguridad.

Indiana sabía que, meses atrás, Augusto había ido a lo de Fariña luego de que le contara que se paseaba todos los días por su casa en Longchamps y que hablaba con Ailén. Augusto lo esperó en el garaje y cuando lo vio, se le abalanzó y le dio dos golpes de machete, cortándole dos dedos. Había filmaciones en las cámaras de seguridad, los vecinos supieron del hecho y quisieron denunciarlo pero el abogado nunca quiso iniciar una causa.

Indiana sirve un mate lavado, lo deja cerca del borde de la mesa y agarra la azucarera. La mueve de un lado a otro.

—Mi abogada me dijo que lo posterior lo hace cualquiera pero con fuerza, con mucha fuerza. El hombre era alto y como de unos 120 kilos, y yo nunca hubiera podido arrastrarlo hasta el baño.

A Indiana la mandaron a hacerse una pericia osteomuscular para medir el grado de fuerza de la masa muscular. El forense determinó que no tenía la fuerza suficiente para levantar ni arrastrar un cuerpo de las dimensiones del abogado. Gracias a esa declaración, la causa fue pasada de homicidio con alevosía a homicidio simple.

\*\*\*

—Augusto es mi principal acusador. Él declaró que me había visto con el auto del hombre, cuando yo no sé ni manejar. Dijo que tenía miedo que yo lo mate, pero varias veces lo tuvieron que sacar del juicio porque se contradecía, porque por ejemplo dijo que no conocía la casa del hombre pero después contó que yo había entrado por la puerta de atrás. Mis vecinos me decían que así como él me acusaba, que lo acusara yo también. Pero yo les dije que no voy a acusar sino me acuerdo. No estoy segura, no lo puedo acusar. Tengo lagunas. Pero sólo sé que él sabía el domicilio porque ya lo había ido a agarrar.

—¿Pudiste hablar con él después de lo que pasó?

—Sólo cuando me lo crucé en el juicio, le pregunté: “¿Por qué dijiste todas esas cosas?” y él me dijo: “Ojalá que te pudras en la cárcel”. Si lo viera no sé si lo odiaría, no me vengaría pero me gustaría preguntarle por qué tiene ese odio conmigo, por qué tanto odio. Capaz yo no me di cuenta y le hice mal. Él siempre me decía que no podía curarse si yo estaba cerca.

\*\*\*

Indiana lleva siete años en prisión. En 2010 la sentencia en el juicio había determinado 25 años por el delito de homicidio agravado por alevosía pero finalmente luego de apelar, le redujeron la condena a 12 años por homicidio simple. A los siete años y seis meses le corresponde una libertad asistida, que es un condicional por no tener antecedentes ni tampoco sanciones dentro del penal.

Sueña con salir y vivir lo que le quede de vida haciendo lo que quiere sin importar el qué dirán, aunque reconoce sentir un poco de miedo del encuentro con la gente, por los prejuicios y la discriminación que hacen algunas personas. Su deseo es poder vender su casa en Tucumán y comprar un lugar para vivir con sus hijos, quiere volver a Longchamps o vivir en La Plata que le gusta mucho porque tiene diagonales y muchas plazas.



Indiana saca de su cuaderno una hoja con una canción impresa, escrita en portugués y con su respectiva traducción al español. “Comienza de nuevo” se lee en el encabezado. El esmalte azul saltado de sus uñas resaltan sobre el blanco del papel.

—Me la dieron en una materia en la facultad. La letra es linda porque habla no de contar con otra persona, sino de contar con uno mismo. Me sentí identificada. Antes no pensaba, me dejaba de lado a mí, no tenía conciencia de la vida, no me daba cuenta. Ahora pienso primero en mí. Acá dentro aprendí a valorarme. Y yo quiero empezar de nuevo para tener un poco de paz.

Una leve brisa corta el calor pesado del ambiente. Indiana mira la hoja, toma aire y da un pequeño suspiro.

—También acá encerrada aprendí a resistir, más que nunca. Y para mí la vida se trata de eso, de la resistencia. Hay que aprender a resistir para lograr ser mejor, para estar bien con una misma, para no callar más. Eso me gustaría mucho, poder ayudar a otras personas a que hablen, a que no se callen. Que no confundan amor con manipulación porque, para que te amen, una tiene que estar bien consigo misma. Por eso, hay que valorarse, quererse y resistir.

Indiana sostiene la mirada, los ojos le brillan y sonrío. Por primera vez, parece que sonrío de verdad.

## “Si tuviera que volver a nacer, nacería trans”.

---

Valentina tiene 30 años. Afirma esa edad mientras sonrío y ya es suficiente para que parezca convincente. Es morena, pelo negro azabache y lo que más llama la atención: su 1.82 de altura; porque los refleja al cien por cien en su actitud, en su presencia imponente.

— De tatuajes tengo una flor de loto y en la mano el nombre de mi mamá. Que obviamente va a seguir toda la manga, estoy pensando cuál...

En el 2016 la invitaron a una campaña fotográfica sobre los cuerpos y cuenta que ante la pregunta de qué era lo que más le gustaba del suyo, ella se refirió a sus tatuajes.

— ¿Operaciones? ¡Ninguna! ¡Ay, qué desubicada! Nah, corte, corte. No vine para esto a tu programa.

Su risa hace sacudir la incomodidad del momento y finalmente revela el número: diez operaciones. Nuevamente se cruza de piernas, devuelve el mate, se acomoda la remera en la zona del busto y se vuelve a hacer el rodete en el pelo; ahora sí entra en detalles:

— Me hice los ojos, la frente, las lolas y la cadera.

Valentina es un ser orgulloso de ser quién es hoy. Es esa clase de persona que cree que al pasado hay que sacarle la lengua, reírse, aceptarlo y seguir. En ese orden.

— Sé que se ríen, pero se ríen de mí porque soy diferente. Yo me río de ellos porque son todos iguales. Eso decía una amiga mía que falleció, pero bueno no hay que engan-

charse, viste.

Vive en La Cumbre, barrio de la ciudad de La Plata, pero Valentina es santiagueña. Nació al norte de la Provincia, en La Banda. El ambiente machista y conservador se olía en el comedor de su propia casa.

— Con mi papá lo vivía todo el tiempo, lo que decía mi viejo, se hacía. Siempre fue el que le pedías algo y si te daba te decía: “anda a comprar”. Y había veces que no era esa la idea; casi nunca un abrazo.

Valentina trata de armar la oración en su cabeza y en el intento se traba varias veces, hasta que lo admite: siempre fueron una familia de clase media, con un buen pasar económico.

— Mamá es maestra jubilada y mi viejo trabajaba en Telefónica. Súper machista, no era muy expresivo que digamos; no se explayaba mucho con lo que nos decía.

Pero Valentina siempre fue inquieta, de chica ya se daba cuenta que había ciertas cuestiones que le gustaba hacer pero que no eran “normales” para los demás. Ella las seguía practicando.

— Me acuerdo que tenía como seis o siete años y esperaba a la siesta, cuando todos dormían, para jugar con un par de sábanas que una hacía que era el vestido y la otra me la ponía en el pelo; y hacía como que era mi pelo largo y jugaba frente al espejo –se sonríe y recorre con la mano su pelo lacio-. Pero todo a la siesta cuando nadie me veía, porque sabía que si no venían y me retaban y te decían “esas cosas no se hacen”.

En esa secuencia al parecer jamás la encontraron, pero sí dándose besos con su primo cuando tenía 6 o 7 años.

— Dándonos piquitos. Mi vecino me encontró, me acuerdo, con otro vecinito. Mi vecino, ponele debió haber tenido 12 o 13 años, amigo de mi hermano mayor. Y me cagaron a palo, re buchones– en esta última palabra pega un pequeño grito y se ríe-. Como que era una adrenalina.

Hay una verdad y realidad que podría escribirse como absoluta: la secundaria y sus personajes son crueles.

Valentina coincide y recuerda también a sus profesores, que siendo ella gay en aquel entonces, la reprimían.

— Si el docente te decía ‘no te pongas esa ropa que parece un maricón’ o esas cosas, está legitimando la conducta de los alumnos.

Sus amigas de toda la vida son tres y ellas saben que para Valentina volver a Santiago del Estero es un reto; ellas fueron su refugio en medio de mandatos y miradas poco empáticas. Las conoció cuando se cambió de escuela tratando de huir de otra mirada: la de su hermano.

— El más grande. Por dos años creo, ya venía repitiendo y yo dije que me quería cambiar de escuela y ahí al toque me hicieron el pase porque ya no me soportaban, me dieron pase a otra escuela.

En este instante, un gato que está en la misma habitación viene corriendo y pasa por encima de la mesa en donde está apoyada Valentina. La sorprende; deja el mate y levanta la voz.

— ¡Ah, no! Este se quiere llevar el protagonismo de MI charla -se ríe.

Valentina siempre quiso que la escucharan; y lo consigue.

— Había una profesora que trataba muy mal a una chica porque tenía una discapacidad y yo le contestaba; y me dijo ‘nunca más vas a aprobar, te voy a tener de 1 a 5 b’. ‘Bueno’ le dije.

Con las notas en la escuela, en cambio, jamás se destacó pero tampoco repitió de grado. Situación que no le pesaba, su ansiedad era generada por otras cuestiones; como por aquella docente que le aconsejó a la madre de su compañero que no se junte con Valentina porque era rara, y días después ver que lo cambiaron de turno.

— No pensé en matarme pero pasé esa etapa donde salía de la escuela y me iba a dormir. Y dormía, dormía. No quería saber nada de nada -cuenta y sorprendentemente cambia el tono de su voz, mientras mira para abajo, de a ratos.

En el 2005, la producción de “La gesta del nombre propio” fue mucho más que el primer censo travesti. Se trató de una manera de empezar a romper el círculo de la invisibilidad oficial: por primera vez se registraba un estado de situación sobre violencias, vivienda, salud y educación del colectivo travesti-trans en la Argentina.

Las encargadas de echar luz en ese momento fueron Lohana Berkins, titular de la Asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual (Alitt) y la antropóloga Josefina Fernández. Una década después se reabren con fuerza algunos interrogantes, a la hora de poner en común las demandas del activismo trava.

Por lo tanto, se ha podido ver que las personas trans se enfrentan a dos tipos de injusticia: la injusticia socioeconómica, arraigada en la estructura económica política de la sociedad, y la injusticia cultural o simbólica, anclada en los modelos sociales de representación, interpretación y comunicación, expresados, por ejemplo, en la dominación cultural, la falta de reconocimiento y la falta de respeto.

Valentina vuelve a repetir que en su adolescencia la pasó muy mal. Como si no lo necesitara vomitar, dejar bien en claro.

—Te agredían, te escupían. El proceso es medio doloroso y yo antes era muy depresiva.

Cualquiera que viera a Valentina hoy no le creería esta última frase; tiene movimientos rápidos y certeros, se vuelve a acomodar el escote y regala una sonrisa pícara, con ansiedad de seguir relatando.

— Lo más gracioso fue que después de terminar la secundaria, volví a Santiago del Estero, salgo a bailar a un boliche, llego con mi hermano gay, Sebastián –e inmediatamente vuelve a recuperar del todo su tono de voz desenfadado-. Llego a la barra y viene un chabón... jamás me olvidé de su cara porque era uno de mis “torturadores” vendría a ser.

Y sí, posiblemente a más de uno le costaría olvidar a quien te encierra en un baño, escupe y hace pis encima. Le

lleva trabajo, eso sí, recordar su nombre. Pero no es lo que a ella le importa.

— Y el tipo se acercó para encararme, ¡para levantarme! –abre los ojos-. Se me cruzaron muchas cosas por la cabeza. Podría haber hecho tantas cosas... podría haberlo cagado a palos. Estaba en un boliche, pensé -vuelve a reírse y mueve rápido las manos, nerviosa-. Salimos del boliche y fue ahí que le dije, se le fue el pedo encima y él me dijo ‘discúlpame’, le cambió la cara. ‘Disculpame por todo lo que te hice en la secundaria’, me dijo.

Burlas, insultos seguidos de robos o asaltos, agresiones físicas, abuso sexual: el 74,6% de las mujeres trans y travestis dijo haber sufrido algún tipo de violencia, un número muy alto, aunque menor al registrado en 2005, que fue del 91,9%.

Valentina afirma que durante toda la secundaria se caracterizó por ser muy rebelde; más allá de la violencia y discriminación que padeció supo aprender a caminar con la frente en alto y a ser muy contestaría.

— Una vez quisimos reventar una puerta me acuerdo con petardos, que no nos expulsaron pero te ponían, ponete, 25 amonestaciones o 24 y andabas ahí como que te tenías que portar bien...-toma el último sorbo del mate mientras recuerda-. Y bue... era medio terrible, con este grupo de amigas que seguimos; por ejemplo había una promoción de la cerveza Salta que decía Destapá y te ganas otra – hace otra pausa para volver a recordar-. Y entonces íbamos a tomar cerveza y nos salía Te ganaste otra y nos tomábamos cajones de cerveza. Después teníamos que entrar a la escuela y entrábamos re borrachas –su risa, fuerte y contagiosa, siempre está acompañada por pequeños alaridos.

— Y cosas así de fumar en los rincones, cosas así... fue linda pero con los varones era más denso la cosa, siempre.

\*\*\*

Valentina se siente a gusto con el amor, pero no es ro-

mántica. Dejó a su primer novio quien fue el detonante para venirse a Buenos Aires. La causa, su personalidad posesiva y violenta. Con él construyó una relación de un año y ocho meses. Cerró esa puerta a los 21 años y así le dijo hasta siempre a su primer novio formal, como ella misma lo define.

— Él habrá tenido 19. Era muy celoso; no volvería a salir con alguien más chico que yo porque son malas experiencias, más allá de que no todos son iguales. Un ratito sí, pero tampoco para enamorarse.

Pero lejos está de ser la diferencia de edad la razón de la ruptura. Su novio había sido violento con ella, física y psicológicamente.

— Creo que la violencia psicológica es peor y es uno de los primeros pasos para llegar al golpe; yo ahora trabajo un poco la temática de violencia y me pongo a dar cuenta de cosas que antes pasaban y digo: 'wow, qué loco'. Y que nadie te ayude... porque a mí nadie me ayudó en ese caso.

Valentina recuerda, al mismo tiempo que va abriendo los ojos, cuando la hizo volverse del cine para cambiarse un pantalón que según él era demasiado ajustado. Repasa y explica ciertos episodios donde la hacía sentir la culpable de la tensión y discusiones. No quiere dejar de traer a la mesa aquel viaje en micro donde le empezó a pegar porque un par de pen-dejos que la conocían le decían cosas.

— Y yo pensaba en ese momento... ya que sos tan macho porque no vas y los encaras a los chabones. Y así pasó un año y ocho meses hasta que me tuve que ir.

Fue el día en que Valentina decidió pisar Buenos Aires. Su ex la siguió, pero ella fue más rápida. —Perdí el contacto, por suerte.

Recuerda que una vez ya viviendo en La Plata volvió a experimentar una relación así, así de conflictiva y violenta.

— Salí solo cuatro meses y me dije, no de vuelta. Era diez años más grande que yo.

Cambia el tono de su voz, de repente no hay vestigios de humor o sonrisas, busca la postura más seria hasta el mo-

mento de la charla y cuenta que fue en esa etapa cuando empezó a involucrarse en la temática de la violencia de género.

— Es un tema de ida. Vos te das cuenta de un montón de cosas y ya no las vas a aceptar jamás. Ya no negocias con nada. Será por eso que estoy soltera.

Era de esperarse: volvieron las risas. Su anterior actitud no llegó a durar ni cinco minutos. — Me gustan las relaciones monogámicas. Encima. Yo no podría con el poliamor —Valentina se sigue riendo y se vuelve a acomodar, ahora lo hace con su pelo y con el broche que tiene a mano para terminar haciéndose un rodete.

Hay silencio general y ella sola empieza a contar algo muy puntual.

— Me enamoré una sola vez, pero no sé si volvería con mi ex novio.

De esta historia ya pasaron aproximadamente ocho años pero ella insiste en su deseo de volver a cruzarlo. — Me gustaría verlo para poder cerrar un capítulo que nunca cerramos. Pero bueno, ya está, él es feliz y está todo bien. Pero sí, alguna vez me gustaría verlo.

Valentina recuerda su convivencia con él, durante un año, así como la intensidad de toda la relación; hasta su final, incluido, en el 2008.

— Fue fuerte porque nos conocimos, nos pusimos a salir ese mismo día. Y después nos fuimos a vivir juntos. Y después de cinco, seis meses empezó el calvario con la familia de él.

Hace una pausa mientras sigue pensando y en este momento nadie habla.

— Nos amenazaban, nos tiraban cosas, o por ejemplo, los primos lo iban a buscar a él al trabajo y lo llevaban a la casa y yo me quedaba dos días sin saber de él. Capaz no sé, se iba de joda el chabón.

El problema era solo uno: su familia de 'clase media bien' que no le gustaba que su hijo salga con la trans. El problema presionó e influyó tanto que hizo que se separaran,

que vendieran todas las cosas del departamento en común y cerraran ese capítulo. Valentina vuelve a insistir en que la historia no se terminó, aún resta ese capítulo final.

— Es un tema por cerrar. O sea, ya está, yo seguí con mi vida pero te queda esa espina de saber qué pasó.

\*\*\*

Lo que pasó en el medio fue su transición. Se dispone a contar y Valentina cuenta que ya pasaron casi 16 o 17 años de esa etapa. Su amiga Luisina llegó a su vida en el momento indicado, como quien está esperando atrás de la puerta para entrar en escena.

Era hija de una mujer ultra católica quien a su vez era amiga de la mamá de Valentina. Se conocieron en la legión de María de las Señoras de la Virgen y el dato importante es que era trans.

— Ella era profesora de geografía y como yo andaba mal en esa materia me dice mi mamá ‘andá a la casa de Luisito’, Luisito le decía ella, ‘que te enseñe geografía’. Y yo llegué y ‘Luisito’ tenía todo un pelo rubio largo y uñas largas también y ella se daba cuenta que yo era así también... como ella digamos.

Ese mismo día a la noche, Valentina conoció por primera vez “Si te viera tu madre” un boliche gay de la zona, ubicado en la capital de la provincia. Luisina pasó a buscarla en moto, con pollera y tacos altos. Valentina sintió que era todo lo que quería en ese instante: vertirse de mujer.

Cuenta que su amiga la invitó en ese mismo momento a volver el otro sábado pero con el desafío que vaya cómoda, es decir, vestida como ella quería realmente. No pudo esperar, al otro día entró a la pieza de su hermana, empezó a revisar su ropa, agarró unos tacos, un corsé, una pollera y se fue a esconderlo...por última vez.

Existen dos tipos de transición o formas de afirmar el género: transición social y transición médica. La primera puede incluir declararte como transgénero ante tus amigos

y familia, pedirle a las personas que utilicen un pronombre que coincida con tu identidad de género, hacerte llamar por otro nombre, así como vestirse y arreglarte de maneras que coincidan con tu identidad de género.

Para las mujeres trans puntualmente, la transición médica puede incluir aparte, terapia hormonal, aumento del tamaño de los senos, orquiectomía que es la extirpación de los testículos, depilación láser, cirugía de feminización facial y vaginoplastia por inversión penénea.

El destape de Valentina fue completo. Ese mismo año, además, se fue de su casa.

— Me voy porque ya me había dejado un poquito el pelo largo, ya me vestía diferente y ya me empezaban a hacer lio en mi casa - hace una pausa mientras apoya el mate en la mesa.-O sea yo siempre digo que los padres se dan cuenta de todo, que lo acepten o no es otra cosa.

Lo recuerda tal cual, hasta el día de hoy. Era un sábado a la tarde cuando después de prepararse, tomó el micro y se fue desde La Banda a la capital de la provincia, con Luisina en su moto. Ahí estaba el boliche donde siempre salieron juntas, pero esa noche fue sola. A la salida fue sumamente sincera con un par de chicas que vivían cerca, unas nuevas amigas a quienes les dijo que no quería volver esa noche a su casa.

— Me dijeron ‘bueno si te querés quedar...’ y ahí obviamente que todas trabajaban en la calle por lo que tuve que salir a trabajar también.

Era la cuota que tenía que pagar para poder convivir con ellas en esa casa, fue así que Valentina conoció o mejor dicho, chocó con el mundo del trabajo sexual.

Se desprende el gancho que tiene en el pelo, se lo deja suelto y vuelve a acomodárselo; en todo ese momento hay un silencio como quien sabe que la otra persona quiere continuar el relato.

— La primera vez me sentí rara. Sentía miedo obviamente. Nunca me voy a olvidar que era una camioneta gris, una Ranger gris y me llevó un señor a un camino re lejos que

yo no sabía dónde era, pero me dije 'si me deja acá no vuelvo'.

Valentina supo que ese capítulo se llamaba 'aprender a confiar en una misma'. No tuvo muchas más opciones. Anduvo nadando en ese círculo durante un mes aproximadamente hasta que llegó la denuncia de su mamá. Claro, nunca más se había puesto en contacto con ella y aparte, era menor de edad.

— Yo me fui a bailar y no volví más. Me fui a bailar creo que con 20 pesos, me acuerdo, que era bastante en aquella época. Te alcanzaba para emborracharte, para la entrada, para ir y volver, todo.

Su hermano Sebastián fue el único contacto en todo ese tiempo y había tratado de convencer a Valentina de que vuelva. No hubo caso.

Valentina ahora se acomoda en la silla como quien se prepara para contar algo importante. Al parecer ese día que cayó la policía donde trabajaba ella se había ido a comprar pan al supermercado, cerca del mediodía. Vestida de pollera, alpargatas, detrás de un árbol vivo, en su regreso, que llegó además, un auto conocido. Era el de su tía.

— Bueno yo me llamaba Lara en aquel entonces. Y viene mi tía y me abraza, se larga a llorar. Yo no quería saber nada de volver a mi casa, o sea la opción era o volvía a mi casa o me iba a un reformatorio. Fue ahí cuando mi tía en plena audiencia de conciliación dice que ella se hace cargo. Así que estuve dos meses en su casa.

Esta tía fue su remanso; hermana de su papá, siempre tuvo un abrazo para mirarla a los ojos y decirle 'te acepto como seas'. Nunca le importó nada y me lo hizo saber, porque ella siempre era soltera y nunca tuvo hijos, nunca se casó y siempre se aferró mucho a todos los sobrinos.

De repente todo es risa, fuerte, casi carcajada. Valentina se ríe todo el tiempo.

— ¿Cuánto cobro? Y eso varía, yo no trabajo en la calle, trabajo en mi departamento. Yo ya tengo mis clientes; es más tengo mi telefonito mágico –saca el aparato de la cartera

y lo muestra. -O sea, yo tengo mis dos teléfonos.

Habla ahora de sus clientes, que son 5 o 10, y que llamarlos fijos significa que con uno puede pagar un alquiler y que a los que son 'macristas' le sube la tarifa y se enojan.

— Uno me decía 'lo único que falta es que ustedes también suban los precios'. Y por qué no, le decía yo. Yo también pago alquiler, pago impuestos, como, me visto. Se defienden diciendo que a nosotras nos gusta tener sexo. A lo que les respondo que sí, que obvio pero elijo con quién estar, es mi cuerpo. Me gusta el dinero, obviamente.

No hace falta que se retome la pregunta, Valentina sigue su relato e incluye ahí la respuesta: su arancel va variando, no es fijo; depende del perfil de cada uno.

El estudio realizado por Lohana Berkins y Josefina Fernández revela que 6 de cada 10 de las mujeres trans están vinculadas a una situación de prostitución en la actualidad.

A diferencia de la activista trans argentina, defensora e impulsora de la identidad transgénero, Berkins, Valentina se declara no abolicionista. No tarda ni dos segundos en responder, en dejar en claro en qué vereda se encuentra. Pero admite la realidad: que la mayoría de las compañeras trans, casi el 80 o 90% están obligadas a ejercer la prostitución por falta de oportunidades.

La ley de cupo laboral trans n° 14.783 establece la creación en el sector público bonaerense de un cupo mínimo de al menos el 1% de los empleos para el colectivo. La ley aún no está reglamentada. En marzo de 2016 se lanzó una campaña para lograrlo.

— Mi idea es que el poder de elegir es fantástico. Más allá de una lo quiera seguir haciéndolo o no, el Estado tiene que garantizarte o no otra opción, mediante esta ley. Yo apoyo que se reglamente el trabajo sexual, tiene que haber una reglamentación.

Es verdad que para el nuevo gobierno<sup>9</sup> la ley de cupo laboral dejó de ser una prioridad y muchas mujeres trans fueron despedidas sin razón alguna en los últimos meses. El co-

lectivo necesita de esta ley para poder insertarse en el campo laboral y que no se les niegue esa posibilidad simplemente por autopercebirse con una identidad distinta a la heteronorma.

Además, es sumamente importante la reglamentación inmediata ya que el promedio de vida que tiene este colectivo es de unos 35 años aproximadamente.

— Es lamentable, porque no tenemos acceso a nada. No tenemos nada. Tenemos que estar peleando hoy por hoy por la inclusión a un trabajo formal. La salud no me la garantiza el Estado, cuando es un derecho humano. Me condicionan por el lado público y por el lado privado. —Valentina deja la sonrisa por un minuto y habla con seguridad y firmeza—. ¿Entonces qué? te tenes que morir de infeliz, por más que el estado de salud esté para atrás para nosotras nunca estuvo ni regular.

Cuenta que tiene IOMA como obra social pero su intención es pasarse a OSPE o a OSDE para seguir con una cirugía de feminización facial.

— Yo no tengo problema en decir que soy trabajadora sexual, pero tampoco para ir diciendo por ahí que lo soy. Es como cuando vas a un boliche, no vas diciendo por ahí que sos abogada o que se yo, si sale en la conversación lo diré, sino no y listo.

A Valentina le gusta que la miren; fue el resultado de aprender a que no le pese, que no le moleste o le lastime. Siente que con su transformación logró empoderar su imagen.

— El otro día me fui a trabajar y como me había cortado mal el pelo, me pongo dos broches por acá —se señala el flequillo— me empiezo a planchar, me maquillo y era tarde y salí, me subo al micro, me pongo los anteojos y me miraban. ‘¡Ay, los broches!’, digo, bueno ya está, no es gran cosa porque si no iba con los broches igual me iban a mirar así que ya está, que me dejen de joder..

Pero no siempre estuvo así de relajada. Hubo un tiempo donde Valentina discutía, se enfrentaba constantemente con todos y cada uno de los que la miraban mal y se reían de ella. Es ver-

dad que nunca nadie la encaró como para pegarle, Valentina mide casi dos metros.

Hoy elige y prefiere hacerlos sentir incómodos.

— Piensan que la marica no va a reaccionar. Está bueno que se queden pensando. Hacerlos sentir incómodos es como que lo piensan dos veces.

Valentina usa varias muletillas al hablar, pero es solo para organizar sus ideas mientras habla, mientras recorre en su cabeza todas las anécdotas y vivencias. No es sinónimo de dudas, de inseguridad. No en ella.

— También aprendí lo que era el ‘impuesto al puto’. Me pasó cuando iba a alquilar, llamaba por teléfono y decía: Sí, puedo ir a ver el departamento, o la casa. Llegaba, me miraban y me decían que se acababa de alquilar. O por ahí, te dicen es \$3000 el alquiler y, al final era \$5000. Te suben el precio de una. Si a todos les piden tres recibos de sueldo, a mí me pedían diez.

Después de estar viviendo con su tía durante dos meses, volvió con sus papás, audiencia de conciliación de por medio, y con la condición y obligación de estudiar derecho. Tal como ellos querían.

\*\*\*

El 12 de marzo empezó a estudiar Técnicas y Ciencias Jurídicas en la Universidad Católica de Santiago del Estero. Durante el segundo año de la carrera, su mamá se enfermó y la trajeron a Buenos Aires. Ahí se terminó esa etapa con olor a calvario.

— Mi mamá tiene enfermedad de Devic, que es como una esclerosis múltiple, con la que se te atrofian todos los músculos y la vista también. Es discapacitada hace 14 años, más o menos.

La facultad también fue terreno fértil para su transición y para descubrirse como Valentina. Se recuerda con caderas de goma espuma, con corte carré en el pelo, y con

<sup>9</sup> Presidente: Mauricio Macri, desde el 10 de diciembre de 2015.

camisas diseñadas personalmente por su amiga modista que vivía en la misma cuadra que ella.

— Me re bancó en todas, me hacía las polleras, me achicaba los pantalones, me hacía las pincitas de acá –explica mientras va recorriendo su cintura con las manos – me hacía todo, porque ella ya sabía.

A su vestuario de todos los días también le sumaba jeans Oxford, camisas entalladas y ojos delineados.

— ¿Quién es ese maricón que te viene a buscar? –le dijo la mamá un día antes de salir para la facultad.

— ¿Cuál? –le dijo Valentina mientras se reía por dentro.

— ¡Ay vos sos re maricón!

— ¡Sí!, le dije yo, estaba con el delineador, toda vestida de mujer, ¿qué le iba a decir? ¿Qué duda cabía, no?.

Lo que le siguió después fue la pregunta tan predecible de los nietos, que intuía, entonces, que jamás iban a llegar.

— ¡Ay no!, le respondí, yo me seguía pintando y ella ya estaba llorando. Ay bueno, me voy, le digo, se me hace tarde...

Valentina se aburría en la vida universitaria, más puntualmente en la católica, se hartaba de todo ese escenario, de las monjas y curas que daban vuelta por el predio, la limpieza exagerada del lugar, sus compañeros llegando en autos importantes, del profesor que por 50 centésimos no la aprobaba. ¿Razón principal? Su homofobia.

Abandona el sueño de sus padres en segundo año. Se va para Buenos Aires, para Capital Federal. Pero su estadía ahí solo fue un trampolín para venirse a La Plata.

En el verano del 2006, Valentina viajó a Santiago del Estero para pasar Navidad con su familia mientras que su compañero de departamento se quedó. En los primeros días recibió la llamada del tipo de la inmobiliaria para hablarle sobre un ‘problema’.

— Vuelvo y todos los vecinos se habían quejado porque había habido una fiesta, se habían agarrado a trompadas, pelea, quilombo...por todo el edificio. Los vecinos no querían que esté más ahí, imagínate...

Valentina cuenta que el hombre de la inmobiliaria le propuso de mudarse con él hasta que consiga algo. Ella me mira y se ríe, a la segunda intención no es necesario aclararla.

Como consecuencia directa, llegó a la ciudad de las diagonales, a una casa en calle 43 y 11, donde vivía una pareja de amigos gays.

— Me gustó La Plata. Y fue ahí que me lancé sola y ya me quedé. Después ya no me fui más. En el 2013 empecé a trabajar...en el Municipio.

\*\*\*

Dejamos este capítulo para un nuevo encuentro. Hoy cenamos y Valentina sabe que queda hablar de qué pasó con la Municipalidad, de por qué fue noticia en todos los medios locales, aquel 2 de marzo del 2016.

En el 2013 la invitaron a una reunión de OTRANS, asociación civil de La Plata que trabaja la problemática de la comunidad trans en la Argentina. Fue así que junto con un par de compañeras más comienzan a trabajar en el Municipio.

— Me preguntaron si quería trabajar, me dijeron ‘mira que ganamos \$1800 y dije que sí; de no tener nada a tener algo seguro... además tenía aportes, obra social.’

Así fue que Valentina se presentó a su primera entrevista de trabajo, con CV y DNI nuevo: justo esa misma semana le llegó su nuevo documento, después de un año de demora. Su primer dilema sería qué ropa llevar. Porque claro, solo había trabajado en una panchería allá en Santiago cuando era adolescente, y era de la mamá de su mejor amiga.

— Veía cómo iban todas re bien vestidas y decía ‘yo no tengo ropa así’ Tengo o ropa de jogging, jeans, zapatillas o... ropa de gato.

Acá Valentina no se larga a reír a carcajadas, solo una sonrisa leve como quien no quiere que el relato se corte o se quede ahí. – Ahí es cuando la directora me pregunta: ‘¿vos es-



tás cómoda trabajando acá o quieres ir a donde era el refugio municipal?'.

Valentina aceptó y empezó a trabajar como operadora, cumpliendo el mismo horario, con compañeras que iban de jogging y donde pudo decir 'acá sí soy yo'. Ahora controlaba las cámaras, empezó a chocarse con la problemática de violencia de género. Ahora Valentina estaba ahí, cuidando a las mujeres.

— Era medio complicado de golpe trabajar la parte violenta. Porque siempre estuve del otro lado, y estar acá para contener a alguien es complicado.

El programa de atención a la víctima de violencia se dio de baja. Pero no de un día para otro, sino cuando comienza el gobierno de Julio Garro. A Valentina, junto a sus compañeras trans las dejan afuera.

— Porque antes cuando Garro no era el intendente yo lo había denunciado, por sus dichos muy violentos, discriminatorios contra nosotras. Jamás me imaginé que iba a ganar, por eso después dije 'ya está, ahora vienen por mi cabeza'.

Valentina no se quedó esperando la llamada salvadora, tampoco llorando o padeciendo en su casa, dio unos cuantos pasos judiciales y el lunes 13 de junio de 2016 la reincorporaron. Hoy está trabajando, no como siempre, no como si nada.

— Ahora estoy precarizada, cada tres meses te renuevan el contrato. Y bueno, por ahora no pasó nada – deja la empanada sobre la servilleta, toma un trago de cerveza y apoya el vaso en la mesa-. Es complicado que me pasen a planta. Además me bajan el sueldo, es mucho más precario, bajas de categoría.

Valentina atiende el teléfono en la Dirección de Mediación Vecinal, pero prefiere el anterior puesto donde podía ponerse del otro lado de dónde ya estuvo y ayudar.

— Estaba copado, pero por suerte el ambiente laboral de ahora también está bueno.

Valentina vuelve a adoptar firmeza en su tono a la hora de hablar y confiesa que le indigna la gente que ayuda a pepe-

tuar en la sociedad ciertos roles, en este caso, para el colectivo trans. Lo llama 'doble moral'.

— El otro día vi en una página, una mujer que decía 'no me parece que las trans ocupen lugares del Estado' refiriéndose a los puestos laborales, pero seguro que sí legitima que estemos en una esquina que es pública a la noche.

Según "La gesta del nombre propio", en el 2016 el 9% de las encuestadas dijo estar inserta en el mercado formal de trabajo. Es un porcentaje muy bajo pero que evidencia un cambio respecto al 2005 donde ninguna de las encuestadas había respondido afirmativamente.

A su vez, el 15 por ciento manifestó tareas informales de carácter precario y un 3,6 por ciento, dijo vivir de beneficios provenientes de diversas políticas públicas. Para el resto, más del 70 por ciento, la prostitución sigue siendo la principal fuente de ingresos<sup>10</sup>.

Valentina confiesa que tiene que seguir ejerciendo como trabajadora sexual porque no le alcanzan los \$6000 que gana en el municipio. También reafirma el hecho de que vuelve a estar ahí adentro no porque hayan sido copados con ella. – Vuelvo a entrar porque tuve que hacer bardo, por eso pase a ser la primera en entrar, por la ley de cupo laboral trans. Cuando me echan, nosotras queríamos que él se disculpe públicamente y que se capacite en género y diversidad sexual.

Cuando perdió Pablo Bruera dice que lloró pero no por él, sino porque sabía lo que se me venía con Garro. – Me hubiese gustado que gane Amoretti, no sé cualquiera...

"Nuestra venganza es llegar a ser viejas", dice el lema de la Campaña #ReconocerEsReparar que en sí es la idea central de una ley que establezca un régimen reparatorio para víctimas de violencia institucional por motivos de identidad de género; se trata del Proyecto N° 8124.

Es uno de los grandes debates que quedan pendientes en el Congreso Nacional y hace foco, entonces, en uno de los

<sup>10</sup>Alcaraz, María Florencia. Un censo para saber cómo viven (y sobreviven) travestis y trans. LATFEM, Periodismo feminista. <http://latfem.org/un-censo-para-saber-como-viven-y-sobreviven-travestis-y-trans/>

asuntos más preocupantes para el colectivo trans: los envejecimientos y las vejezes en travestis y personas trans.

Para el 2015 el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) calculó que la esperanza de vida para las mujeres argentinas era de 80 años y para los varones de 74.

Entonces, el promedio para la población era de 77 años. Sin embargo, los datos recabados para la Ciudad Autónoma de Buenos Aires indican que las mujeres trans y travestis fallecen, en promedio, a los 32 años producto de la violencia y exclusión social, política, económica estructural y sistemática<sup>11</sup>.

— No tenemos acceso a nada. No tenemos nada. Tenemos que estar peleando por la inclusión a un trabajo formal. La salud no me la garantiza el Estado, cuando es un derecho humano. Entonces me condicionan por el lado público y por el lado privado.

La gran mayoría de las personas trans interviene su cuerpo en el mercado clandestino: las consecuencias derivadas de la aplicación de siliconas son la tercera causa de muerte en el colectivo<sup>12</sup>. De estas condiciones que se replican en todo el mundo, se deriva el dato más atroz: la baja expectativa de vida.

— ¿Entonces qué? te tenes que morir de infeliz, por más que el estado de salud esté para atrás para nosotras nunca estuvo ni regular – Valentina mira a los ojos como quien sabe que tiene razón y busca complicidad. Ahora deja de hablar y pide un poco más de cerveza-. Me das cerveza y me haces hablar.

Valentina no confía en el destino, en pensar que las cosas ya están marcadas en cómo tienen que ser y que a uno solo le queda ir descubriéndolas en el camino. Para ella, hoy y como siempre, tuvo que buscar esas oportunidades; ese trabajo, ese departamento, esa libertad de hacer y ser quién es en verdad.

<sup>11</sup>Alcaraz, María Florencia. Un censo para saber cómo viven (y sobreviven) travestis y trans. LATFEM, Periodismo feminista. <http://latfem.org/un-censo-para-saber-como-viven-y-sobreviven-travestis-y-trans/>

<sup>12</sup>Alcaraz, María Florencia. Un censo para saber cómo viven (y sobreviven) travestis y trans. LATFEM, Periodismo feminista. <http://latfem.org/un-censo-para-saber-como-viven-y-sobreviven-travestis-y-trans/>

Pero más allá de las puertas que le abrieron, y de las que le cerraron en la cara y sin ningún tipo de piedad, Valentina siempre prefirió irse bien, con la frente en alto.

— No creo en Dios, creo en mí, – empieza a reírse instantáneamente y logra contagiarlo – creo mucho en las buenas y malas ondas. Creo mucho en las palabras que son muy influyentes. Si yo te digo, por ejemplo, que te va a ir mal, te vas pensando que te va a ir mal y capaz que sí te va mal.

Después cierra su idea con una frase –porque la gente es mala, más con las personas trans...

Pero lejos de agachar la cabeza, de quedarse en silencio, remonta en menos de un segundo, toma otro trago de su vaso y la charla ahora cambia a si prefiere encarar o esperar a que se acerquen, por ejemplo, en un boliche.

— Lo que me funcionaba era mostrarme hasta que se acerque a hablarme. Bueno, antes funcionaba, ahora no... mira estos rollos –se agarra fuerte la panza con una mano –. Pero me gusta mucho que me miren, me gusta llamar la atención de ciertas personas.

De eso no hay dudas: llama la atención todo el tiempo y en todos los escenarios, casi sin proponérselo. O sí. Logra combinar perfectamente sus dos perfiles, los complementa, le regala a uno el mejor ingrediente del otro y al revés también y el resultado es explosivo, como ella en sí.

Por un lado, la Valentina ‘diosa’, excéntrica, que ama su cuerpo, que lo cuida, que siempre está divina. Y por otro, la Valentina ‘militante’ que sigue cuidando a todas las mujeres, a sus compañeras trans, que está actualmente peleando por el cupo laboral trans dentro de la UNLP, que no se quedó en su casa y se enfrentó hasta con el intendente de La Plata.

— En Santiago del Estero caí presa, me acuerdo, pero era menor de edad. El otro día me puse a pensar que quería hacer justicia social. Porque uno de los policías quería tener sexo conmigo y le dije: “pero salimos todas”. Y me respondió que yo sola salía. Quería hacer una causa colectiva...

Borrar la sonrisa de Valentina podría ser una tarea en

vano. Muchos quisieron, 'porque la gente es mala' repite ella. La charla termina, son las doce y media de la noche, pasadas; mañana temprano se trabaja y Valentina ya se paró y se empieza a poner la campera. En los últimos minutos la última pregunta es si alguna vez quiso mandar a la mierda su vida y terminar todo.

— ¡Pero nooo! Volvería a elegir mi vida mil veces. Si tuviera que volver a nacer, nacería trans. ¡Taxiiii! –se ríe y abre la puerta del departamento rumbo a tomar el ascensor.

